

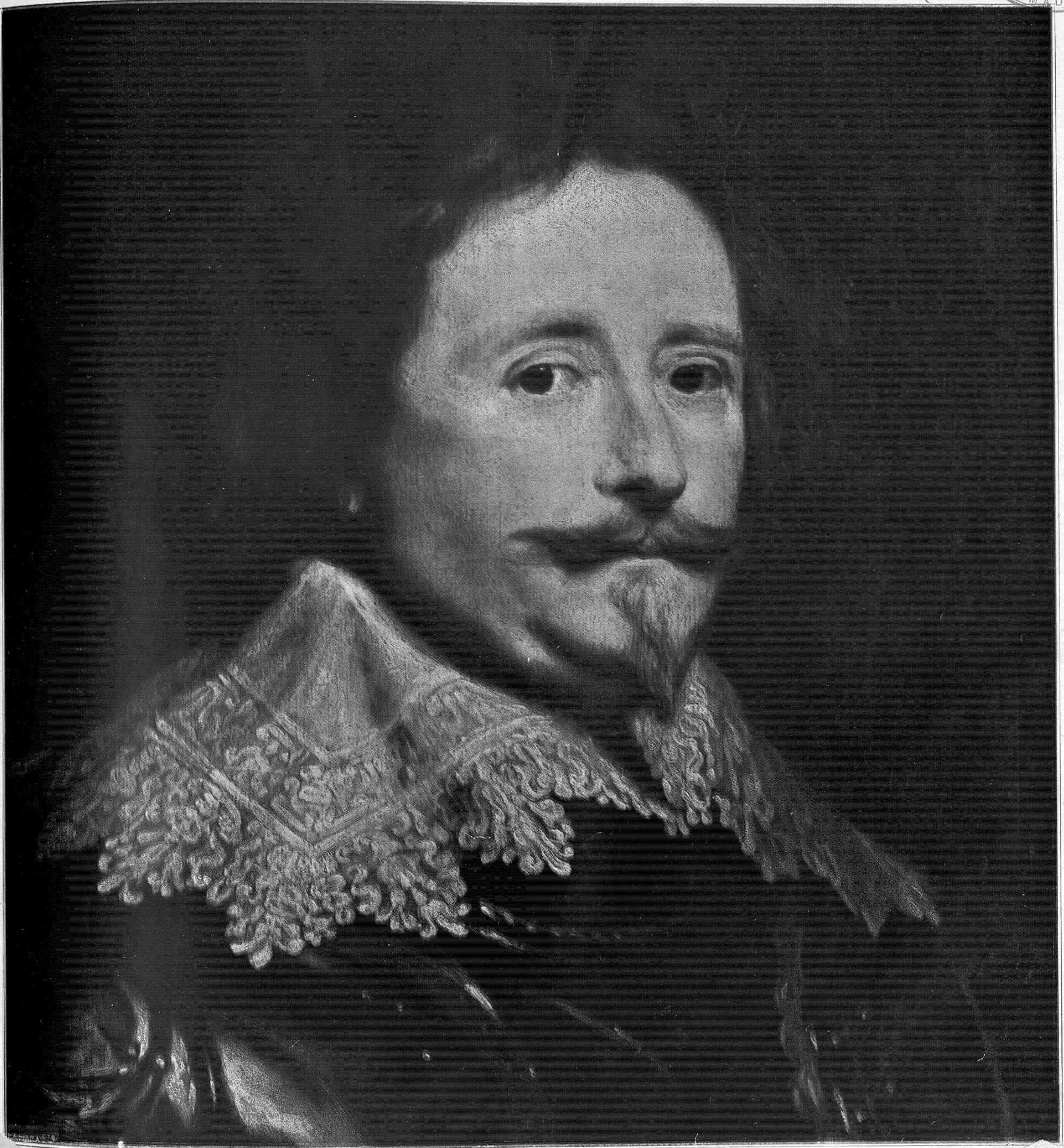
14 JUL 1923

La Esfera

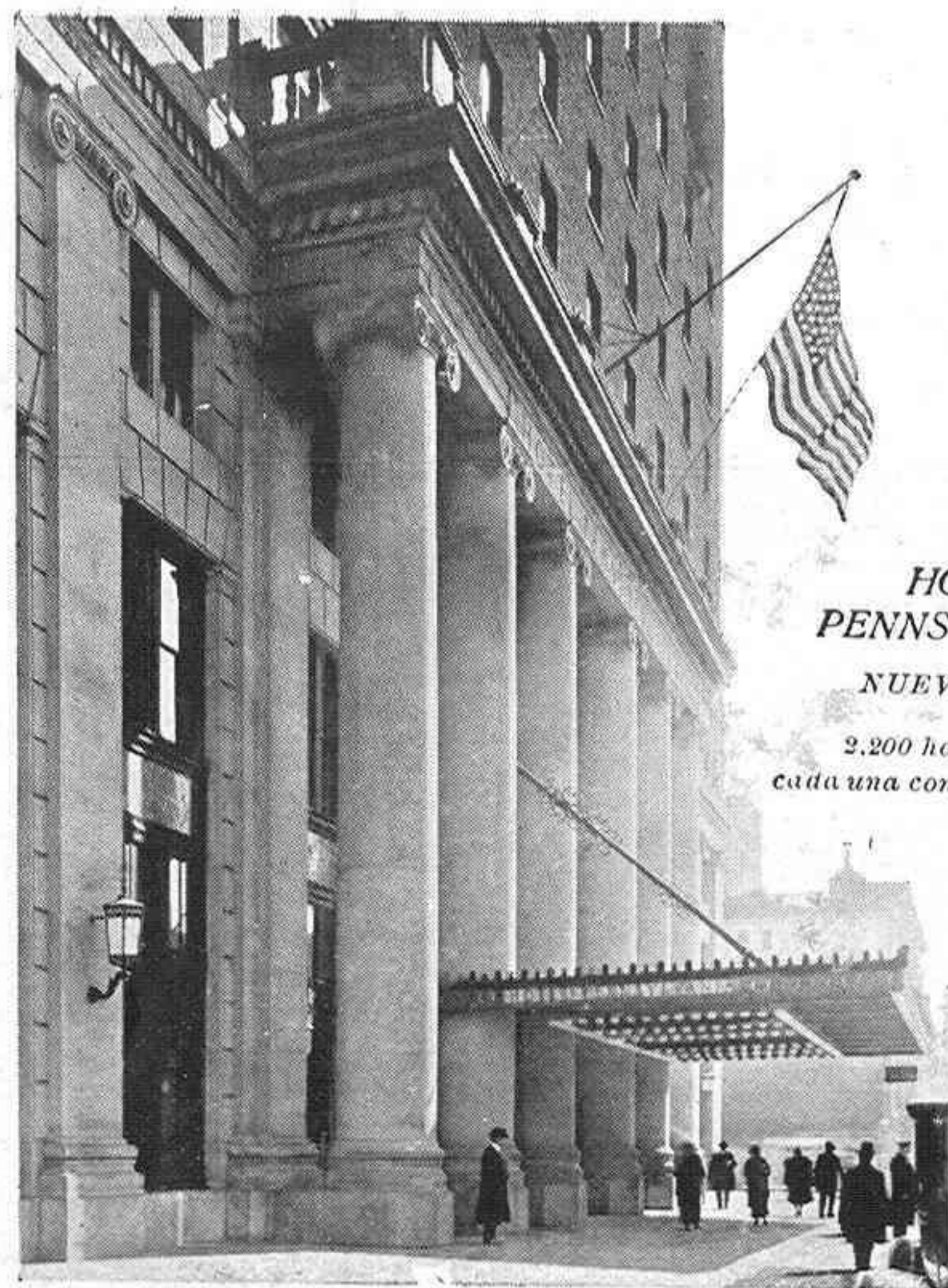
Año X N.º Núm. 497

Precio: Una peseta

NEO
BIBLIOTEC
MADRI



FEDERICO ENRIQUE DE NASSAU, PRÍNCIPE DE ORANGE, cuadro de Van Dyck que se conserva en el Museo del Prado



HOTEL PENNSYLVANIA
NUEVA YORK

2.200 habitaciones
cada una con cuarto de baño

La Puerta Principal de América



Statler Hotel-BUFFALO
450 habitaciones, cada una con cuarto de baño.



Statler Hotel-CLEVELAND
1.000 habitaciones, cada una con cuarto de baño.



Statler Hotel-DETROIT
1.000 habitaciones, cada una con cuarto de baño



Statler Hotel-ST. LOUIS
650 habitaciones, cada una con cuarto de baño.

Esta vista muestra la entrada principal del Hotel Pennsylvania en Nueva York, conocida entre los viajantes como «La Puerta Principal de América».

Al entrar en el Hotel Pennsylvania se da Ud. cuenta del más grande y el más completamente equipado hotel del mundo. Encuentra Ud. la sociedad que espera encontrar en un hotel que es el centro reconocido de la vida social y financiera en Nueva York. Alrededor de Ud.—en los salones, los «restaurants» y las habitaciones particulares—prevalece el «confort» y el buen gusto. La cortesía y las consideraciones están á su disposición, así como cualquier servicio que requiera. Los precios no son superiores á los de cualquier otro hotel de la categoría más elevada.

El Pennsylvania da la bienvenida á sus viajeros europeos. Su maravilloso servicio es ofrecido en el espíritu que hace que desee Ud. volver otra vez á él.

Cuando vaya á Nueva York, fije su residencia en el Hotel Pennsylvania.

Medio de reservar habitación

Puede obtenerse información completa, así como prospectos descriptivos, dirigiéndose á Hotels Statler Bureau, 233, High Holborn, London, W. C. 1., cuya oficina se ocupa también de reservar habitaciones. Pueden también ser reservadas habitaciones por intermedio de las oficinas de Sres. Thos. Cook & Son, ó por medio de cablegrama ó carta dirigidos al Hotel Pennsylvania. Si no ha escrito ó cablegrafiado usted antes, podrá usted reservar habitaciones por despacho transmitido desde su transatlántico por medio de la telegrafía sin hilos.

Si se requieren habitaciones á partir de la llegada del vapor, no habrá necesidad de indicar el día exacto de su arribo, puesto que sólo tendrán que ser pagadas á contar desde su ocupación. Prospecto gratis.

Hotel **NUEVA YORK**
(E. U. A.)

PENNSYLVANIA

El Hotel más grande del Mundo.

HOTEL PENNSYLVANIA, NUEVA YORK, E. U. A.

Dirección cablegráfica: «Pennhotel-Nueva York».
Afiliado á los Hotels Statler—Buffalo, Cleveland, Detroit, St. Louis.

A nuestros subscriptores

Como en años anteriores, á todos nuestros abonados que durante la temporada veraniega se trasladen á cualquier población de la Península, les serviremos nuestros periódicos, sin aumento de precio, al punto donde residan. Bastará para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de remitir los ejemplares.

REINE DES CRÉMES

Maravillosa Crema de Belleza

PERFUME SUAVE

J. LESQUENDIEU - PARIS

DE VENTA EN
TODA ESPAÑA

Agent pour l'Espagne: Jose Ros - 2 Cuesta Santo Domingo MADRID

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano

CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

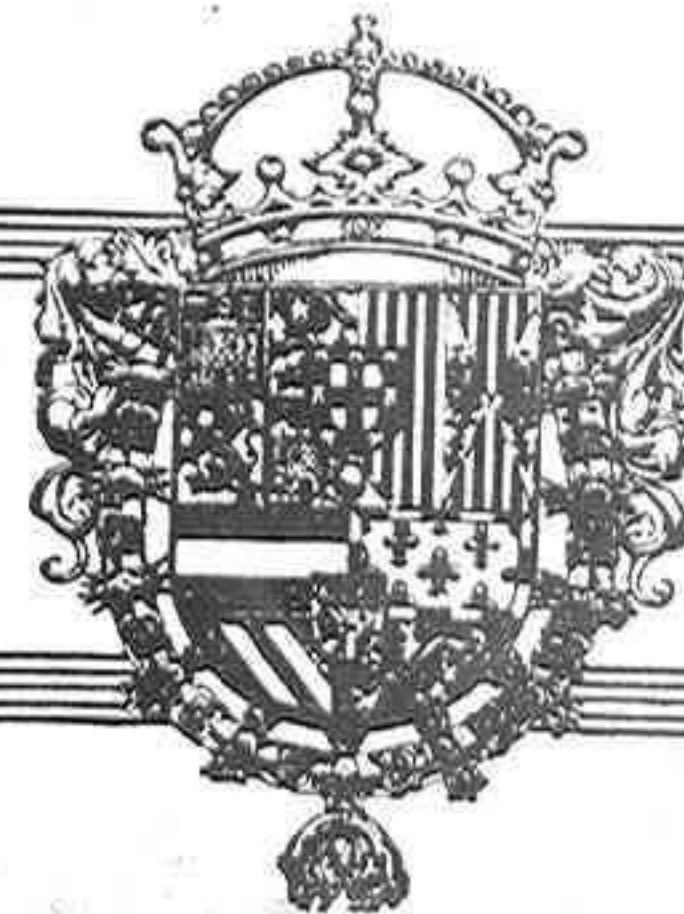
DÍAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE



Un retrato elegante y de buen gusto es el obsequio más estimado para los seres queridos ::

Ampliaciones, reproducciones y todo cuanto se relaciona con el arte :: :: fotográfico :: ::



FERNANDO VI, 5
MADRID



Solicítense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista



No desperdicie sus vacaciones.

El placer que usted experimenta al ver reproducidas en bellas fotografías las agradables escenas del veraneo de sus amigos, es insignificante comparado con el que usted sentirá el día de mañana, al revivir los instantes de dicha y felicidad de su propio veraneo.

No salga de vacaciones sin un

Kodak

que perpetúe sus gratos recuerdos.

El arte fotográfico por el sistema Kodak distrae y fascina, puede practicarse sin molestias. Media hora es suficiente para aprender a servirse de un Kodak.

Pida Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o directamente a

KODAK, S. A.

MADRID } PUERTA DEL SOL, 4 BARCELONA } FERNANDO, 3
 GRAN VÍA, 23 P.º DE GRACIA, 22
 SEVILLA: PLAZA DE LA CAMPANA, 10

Q - 20.

LA VIDA ES UN ENCANTO CON UN KODAK

Para familia compuesta de cuatro personas, se desea alquilar en Madrid

piso amueblado

Diríjanse las ofertas por escrito á G. G. Apartado 571

HOUBIGANT
Paris



En Beauté

CREMA PARA LA CARA

Los trenes expresos 19/20 y rápido 13/14 que la Compañía del Norte ha puesto en circulación en 1.º de Julio entre Madrid-Santander y Madrid-Hendaya respectivamente, llevan el primero Coche-Camas en todo su recorrido y Coche-Restaurant entre Madrid-Avila, y el segundo, Coche-Restaurant en todo su trayecto.

CAMION

MARCA

«MAGIRUS»

40 HP., cuatro á cinco toneladas de carga útil, **en magnífico estado**, con sus correspondientes bandajes macizos, completamente nuevos

SE VENDE EN CONDICIONES DE

VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina
General Pardiñas, 15

MAQUINARIA

DE UNA

FABRICA DE HARINAS

con molturación de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briales Ron
 San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA

Lea usted los miércoles

MUNDO GRÁFICO

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO **M**UNDO

50 céntimos número en toda España



**ENFERMOS
DESESPERADOS**

NO DESALENTADI...

El maravilloso Método completamente vegetal que un sacerdote ha descubierto, os curará definitivamente.

(Numerosos testimonios)

Las veinte curas del Abate HAMON, curan radicalmente la Diabetes, Albuminuria, los Bronquios (Tos, Bronquitis, Asma, etc.), los Reumatismos, los Males del Estómago (calambres, malas digestiones, acidez, pesadez, etc.), las Enfermedades de los Nervios, del Corazón (palpitaciones, etc.), de los Riñones, del Hígado, de las Vías Urinarias, de la Piel, de la Sangre, las Úlceras varicosas, las Úlceras del Estómago, el Estreñimiento, etc.

**NADA MÁS
QUE PLANTAS!**

«Esta es la gran medicación que el Creador ha puesto a nuestro alcance; no busquemos otra. Dios ha puesto en la naturaleza todo lo que necesitamos para alimentarnos, para vestirnos, para CURARNOS.»
Monseñor KXZIF.

Diríjase personalmente o por escrito a:
**Laboratorios Botánicos, Sección N.º 35
Ronda de San Pedro, 11, BARCELONA**

y le será enviado gratis y franco de porte a vuelta de correo un método convincente, explicativo y completo.

Prólogo y Epílogo

por

Federico García Sanchíz

(Dibujos de Penagos)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

Calidad en los autores

Cantidad en la lectura

Baratura en el precio

son los tres lemas á que se
sujeta en su publicación

La Novela Semanal

25 céntimos ejemplar en toda España

ESPAÑA PINTORESCA



Vizcaya. — Antiquísimas é históricas tumbas de San Adrián, en Arguñeta (Elorrio), que son visitadas por numerosos turistas FOT. OJANGUREN

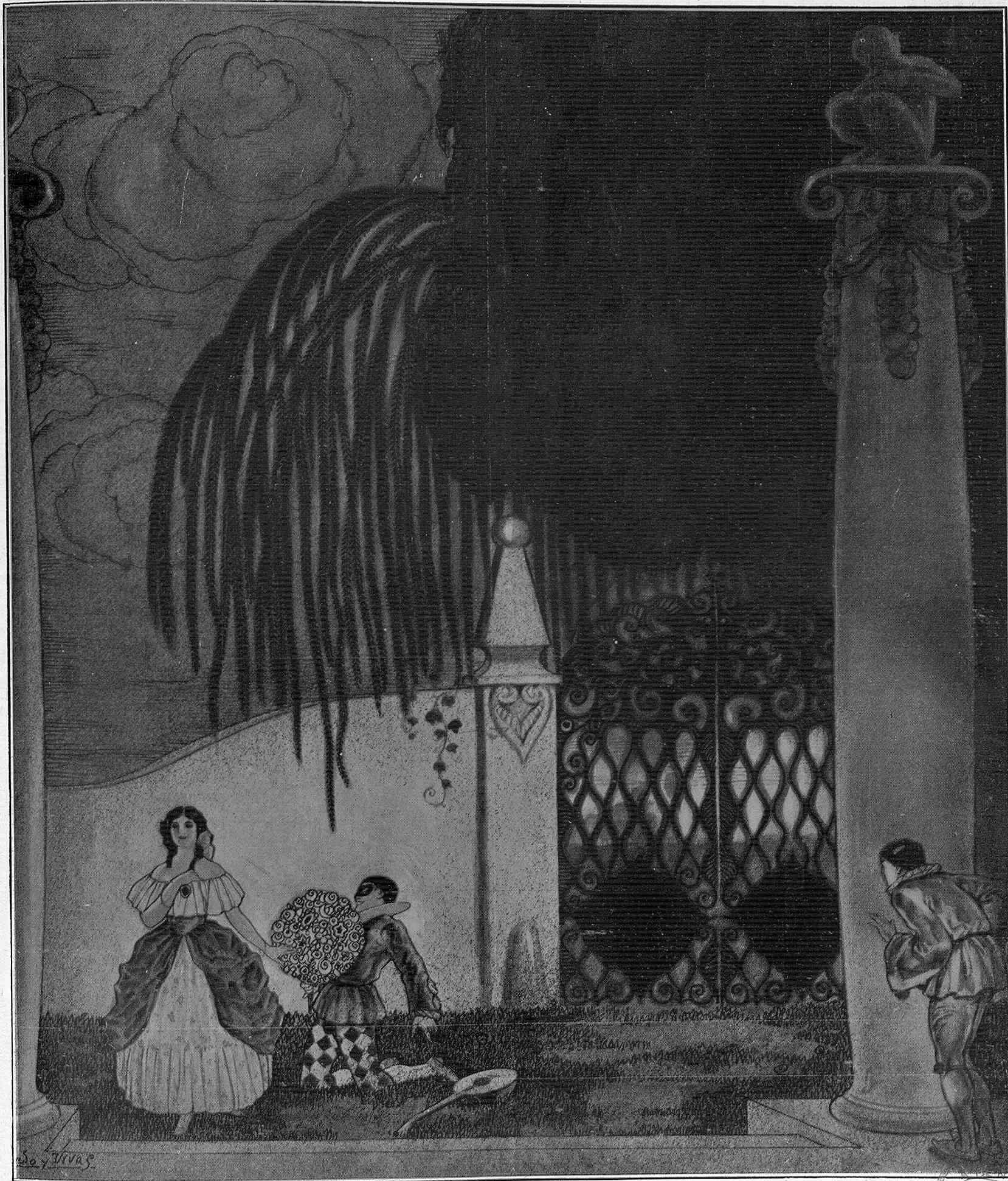
La Esfera

Año X.-Núm. 497

Madrid, 14 Julio 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



LA ETERNA COMEDIETA

Dibujo original de Izquierdo Vivas



DE LA VIDA
QUE PASA

DIÁLOGO DE LAS ARMAS

En la terraza de un casino, donde ayer todavía los zánganos y las peores abejas de la colmena impedían, con el tumulto de su frivolidad, hablar de nada que no fuese chismografía estéril ó comentarios á la moda; mientras en otoño va tendiendo sobre la playa de cobalto y oro y sobre los edificios de arquitectura efímera la funda gris que ha de protegerlos hasta el próximo estío; y en tanto que los últimos deportistas dirimen á uno y otro lado de las redes del *tennis* sus pugnas, tres varones á quienes los años y su ácido úrico no consienten otra gimnasia que la de las ideas, hablan de la inquietud de Europa y de las matanzas de griegos, armenios y turcos.

Desde la mesa contigua á la suya, los escuchamos con una indiscreción del espíritu que debe de velar mal la afectada indiferencia del rostro. Uno de los contertulios es nuestro antiguo y siempre dilecto amigo el profesor Berget; á los otros no hemos podido identificarlos. Y hablan así:

—Entonces ¿todo ha sido inútil? ¿La sangre, el dolor, la estela de miseria y de descontento, el grito unánime de los economistas al afirmar que Marte devoró en cinco años el oro y el carbón de tres generaciones, los miles de brazos arrancados al campo para convertirlos en parásitos de ciudades, los...»

—Todo inútil. La guerra ha multiplicado sus efectos sin alterar su núcleo espiritual y biológico.

—Las cien componendas diplomáticas no han demostrado á los vencidos su falta de razón, sino su falta de fuerza para sostener la sinrazón. Un poco más de ímpetu en las huestes de Von Kluk en 1914, ó un mucho más de resistencia en el pueblo alemán en 1918, habrían quizá cambiado el resultado externo de la guerra, sin cambiar de seguro el resultado abstracto. Mientras el hombre subsista tal cual es, la suma participará de la cualidad de los sumandos.

—Y nada parece anunciar una aurora nueva en la noche de las conciencias. Con pesimismo terriblemente conturbador, ha dicho uno de los mejores conocedores del cerebro humano — don Santiago Ramón y Cajal — que ninguna modificación en la estructura celular permite esperar que en un futuro secular el hombre deje de respirar con excitada fruición el olor de la sangre y el vecino del valle deje de considerarse enemigo nato del habitante de la montaña.

—¡Y pensar que bastaría la unión de todos los doloridos, de todos los amenazados!...

—Unión es la palabra suprema del mundo; pero su sentido entraña á la acción más difícil del Universo. Entre anhelo y anhelo yérguense obstáculos reales y artificiales infranqueables á la par. En el fondo, no le es más difícil entenderse á un hombre de país hiperbóreo con un hombre del trópico que á dos hermanos. Cruzarse de brazos, decir con el alma y con los labios «no», ó mirar unánimes hacia el Oriente, bastaría sin duda para arrebatarse á Marte nuevas cosechas; pero eso, ¡ay!, no se hará.

—Un escritor á quien estoy ligado por lazos de sangre, Anatole France, repite en su último libro que la guerra la desencadenan siempre unos pocos, y que los procedimientos para hacerla son á la vez estúpidos é infalibles. Basta gritar: «¡Nos han ofendido!», ó «¡El honor nacional exige venganza!», para que la carne de cañón y de dolor se enardezca y nadie se detenga á analizar el carácter de la ofensa ni á pensar si no existirá mejor tintura que la sangre para lavar la mancha.

—Entonces, es cuestión de instrucción pública, de...

—No. Es algo más irremediable; algo combativo, bárbaro, cruel, que permanece íntegro en la más mínima parcela de acción humana. Fijese en que, precisamente, los que sueltan los dogos de la guerra son siempre los «peores que analfabetos». Y para servir á ese instinto homicida no hay fórmula espiritual ni materia espiritualizada que no se pervierta. En la guerra última, las más felices invenciones mecánicas fueron prostituidas; la guadaña de la Muerte funcionó movida por la electricidad, por el petróleo y por la pólvora, y viajó, para no hacerse daño, en los huesos de donde no debía haber desaparecido el rabo, en las ondas hertzianas... Mañana nadie sabe cómo viajará; mas todos sabemos que viajará.

—O no... No es posible que la trágica lección sea por completo inútil; no es posible que las oraciones, las blasfemias, el hambre y el calamitoso trepidar de esta paz guerrera en que Europa vive dejen de llevar al ánimo de nuestros hijos

el miedo, ya que no la persuasión y la bondad.

—Cuenta usted con el olvido, maravilloso don de los dioses, sin el cual la vida habríase extinguido hace tiempo en un vértigo trágico. Todo se olvida, y los dolores físicos más aún. Al recuerdo del dolor de un parto se sonríe y no hay en ello dulzura balsámica de maternidad, porque al recuerdo del dolor de una herida se sonríe lo mismo. Además, cuenta también con la bruma funesta de la gloria. En uno de los mejores libros escritos sobre la guerra, *Las cruces de madera*, hay un episodio significativo: los soldados que acaban de maldecir la guerra, rotos, aspeados, comidos de miseria, famélicos, febriles, forman para entrar en un pueblo. Suenan clarines y tambores, despléganse las banderas, salen á las ventanas las mujeres... Y aquellos espectros que un instante antes maldecían, se yerguen, toman aire de bravos y transforman en orgullo lo que un segundo antes era sólo dolor.

—¡Ah! ¡Siempre habrá guerra y siempre será así! Todo uniforme es un muro de tela que aísla hasta lo infinito del sentimiento de solidaridad humana. En los males de los países, la vida civil es la medicina, y la militar, la cirugía, rápida, decisiva, brillante. La terrible desproporción de tiempo y de esfuerzo que existe entre crear y destruir, se obscurece ante el efecto de una gran parada. Y sin embargo, una esperanza queda.

—¿Una esperanza?

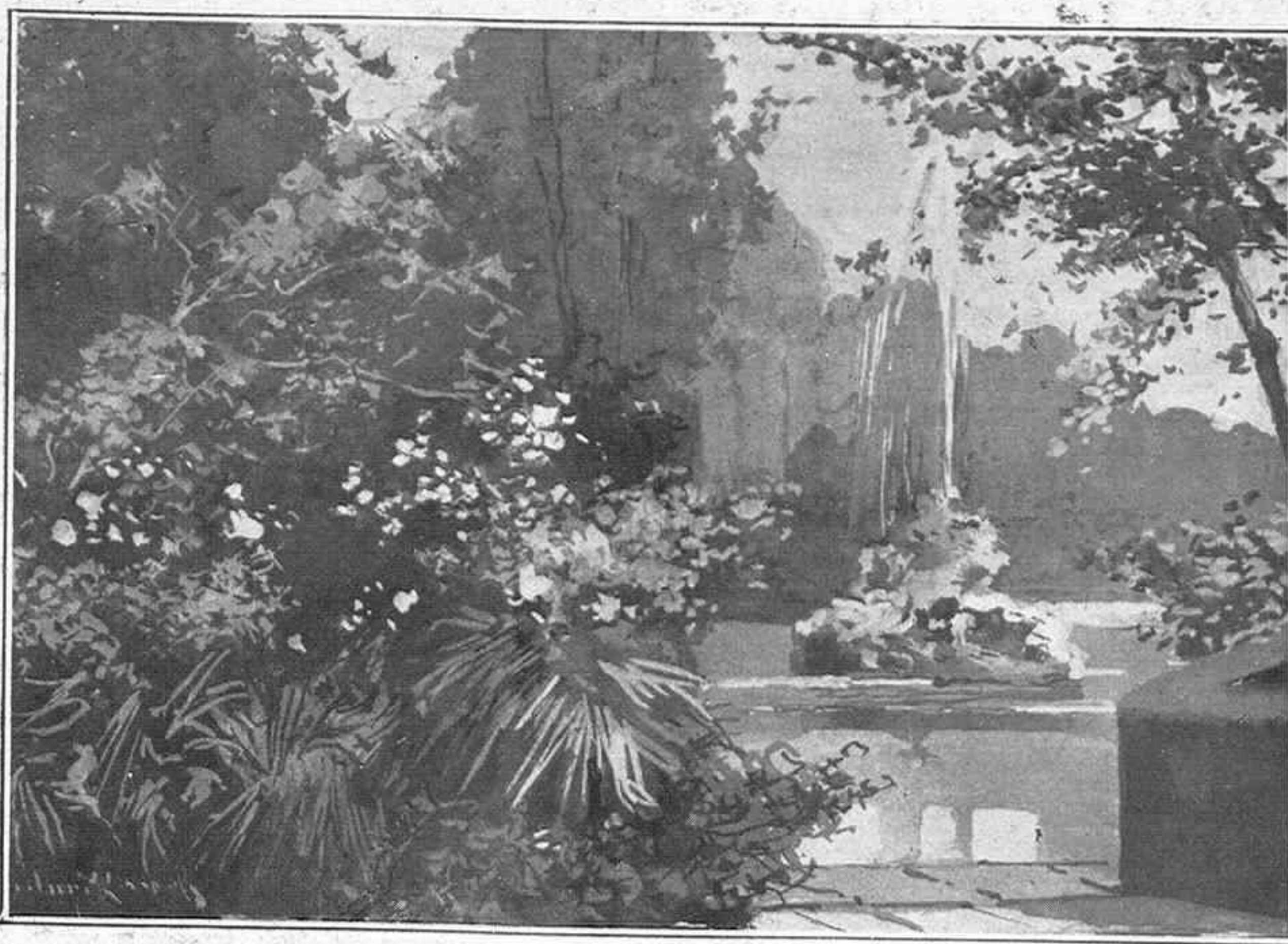
—Sí. Una, cuya fórmula en la misma imagen de la medicina pueda hallarse. *Similia similibus*... Puede llegar un día en que el rayo ardiente profetizado por Heriberto Velles, ó el tremendo aparato, que no sólo produciría la muerte, sino que haría desaparecer en un segundo los restos orgánicos de todo ser vivo, supuesto por Claude Farrere en sus *Condenados á muerte*, vengan de la fantasía á la realidad. Entonces un hombre solo, desde un montículo, podrá aniquilar á un ejército á leguas y leguas de distancia impunemente. Y el horror mismo de la facilidad de tenderá el odio absurdo del hombre al hombre.

—Terrible visión la de un hombre solo sobre el monte Everest, irradiando en torno el rayo que deje el mundo libre y vacío á su antojo. Ese conquistador escribiría, sin duda, al quitarse el casco ideal y bajar á los caminos sin fronteras, á las urbes sin contradictores, el más férvido canto que á la fraternidad humana se ha escrito. Y si los labios que se afanan en arrancar á la Naturaleza el secreto de renovar la juventud habían para entonces arrancado el de la procreación unipersonal, de ese hombre tristemente odioso nacería otra humanidad, cuya ley tendría otro primer artículo: «El acto de arrebatarse la vida colectiva ó individualmente es el mismo.»

Los tres interlocutores callan un momento y pasean el mirar por la playa brumosa. A lo lejos, el mar y el cielo alcanzan al juntarse, al chocar, un resplandor sangriento que, poco á poco, palidece. Un momento después todo es silencio y sombra.

A. HE. NÁNDEZ CATÁ

EL SURTIDOR



En el soledoso jardín provinciano hay una fontana de vieja labor, y en un añorante reposo galano confididamente cuenta el surtidor... Flota en el umbroso verdor de estas sendas la dulce memoria de antiguos amores: aquí el niño ciego ponía sus vendas de seda en los ojos de los amadores. Por estos senderos, nevados de luna, hubieron de hacerse lindos madrigales, dolientes canciones de amor sin fortuna y también traviosos epigramas reales. Bajo el plateado temblor de la noche, eran los jardines como un camarín, y su puerta de oro cerrábase un broche de la trepadora rama de un jazmín. Lindas damiselas, que después peinaron con tristeza muda cabellos de nieve, y otras que murieron apenas amaron, gustando el encanto de un cuento muy breve, por estas senditas pasaron dichasas... Las copió la fuente con fugaz temblor; y como decían frases amorosas, desde aquellas noches cuenta el surtidor. La taza de piedra conserva el secreto de aquellas figuras en su azul cristal, pero cuenta el agua con labio indiscreto toda aquella vida que fué un madrigal. Dice las fantásticas iluminaciones que una extraña flora de sol y de estrellas encendía en estos oscuros rincones en noches de una locura muy bella. Dice las sutiles músicas galanas que hablaron en este jardín silencioso

con un leve y dulce gemir de fontanas y un beso de tórtolas, largo y melodioso.

Dice los tocados de lindas doncellas, sus ojos de noche, cielo y esmeralda, que eran como un vago reguero de estrellas, y el plumaje blanco de su larga falda.

Dice los secretos todos cuya esencia dejaron por estos floridos rincones, donde el viento exhala suspiros de ausencia y hay como un recuerdo de otros corazones.

Cruzando una senda, de pronto creemos descubrir la suave silueta gentil de una de esas bellas mujeres que vemos en las miniaturas viejas de marfil;

ó un breve pañuelo de encaje en la arena, como en amorosa huida abandonado... O, acaso, de pronto creemos que suena el dulce susurro de un beso callado.

Como pasa el agua de esta fuente añosa, pasaron siluetas, palabras de amor... Todo en un olvido de muerte reposa; sólo de su vida cuenta el surtidor.

Si nos asomamos á este agua dormida, veremos hermosas imágenes muertas... Va copiando el agua nuestra pobre vida y se va llevando sus sombras inciertas.

Vivimos, pasamos, todo se entristece... ¿Qué ha sido de nuestro venturoso amor? Sentimos el alma ya vieja, y parece también que en el alma cuenta el surtidor...

J. ORTIZ de PINEDO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

PARÍS

Las clínicas de rejuvenecimiento
y la belleza que no puede sonreír

CUANDO el doctor Sergio Voronoff publicó su famoso libro titulado *Vivir*, y en él dió cuenta de los resultados increíbles obtenidos por la cirugía, en su lucha contra la decrepitud, y merced al injerto de ciertas glándulas, este diabólico sabio ruso apareció como un mago capaz de devolver á los desesperanzados la esperanza con ese divino tesoro de juventud que siempre se fué «para no volver».



La convalecencia de una atormentada voluntariamente en una clínica de rejuvenecimiento, donde se suprimen, al par, las arrugas y la posibilidad de sonreír

Las audacias de Voronoff hicieron suponer que el cuerpo humano sería muy pronto, en la sala de operaciones, como la máquina en el taller: un organismo cuyos elementos cansados ó defectuosos son substituídos por otros nuevos y útiles, y que, á semejanza del mecanismo reparado, sale de la operación dispuesto para otra larga jornada de uso.

Esto sucedió hace ahora un año. Al correr de los meses ulteriores, el endemoniado cirujano ha seguido trabajando en su misterioso laboratorio del Parque de los Príncipes, y el *se dice* mundano baraja los nombres de algunos galanes contemporáneos de la pobre Sarah Bernhardt, á quienes es fama que el doctor Voronoff ha injertado las glándulas intersticiales arrancadas á los desventurados chimpancés muertos en el suplicio de la vivisección.

De la vida íntima de esos ancianos á quienes se supone devueltos á la mocedad, nada se sabe; pero lo cierto es que siguen siendo, en apariencia al menos, tan viejos como antes, es decir, un poco más viejos cada vez, al ponerse el sol de cada tarde... Y en tales condiciones, ¿para qué podrá servirles una triste juventud oculta bajo las ruinas de la vejez?... Para nada, ya que, como dice Nnette Delys, nueva «estrella» del Boulevard, «si quieren amor lo han de pagar tan caro como los resignados que no se atrevieron á contar sus penas al doctor Voronoff»...

Más hábil, y mucho más de acuerdo con la psicología del momento, es la táctica de los Institutos de Belleza—de clientela exclusivamente femenina—, que puestos en la necesidad de renovarse ó de morir, han renunciado á la inofensiva comedia de sus pomadas, de sus lociones y de sus masajes, y han apelado resueltamente á lo que podríamos llamar «cirugía de fachada», menos audaz, pero más aparente que la del doctor Voronoff...

... Y la apariencia es todo para los galeotes de la vida, que arrastran la cadena á veces invisible, pero siempre inexorable de la desilusión.

Por lo demás, es tan perfecta esa apariencia, que hoy, en la plena luz de una mañana de sol, no pude reconocer á una antigua—muy antigua—amiga, «mujer de letras», que hace diez años tenía en París cierto renom-

bre, y que por aquel entonces conservaba lo que aquí llaman *muy bellos restos* de una hermosura capaz de substituir con ventaja al talento.

Vino hacia mí, me tendió la mano sin sonreír—ella que antes reía siempre—y me preguntó:

—¿No me recuerda?

—¡Oh! Sí—respondí—; pero ¿está usted tan cambiada!

—¿Parezco más joven?

—Mucho más joven.

—Si no me conociera usted, ¿qué edad me supondría?

—Veinticinco, veintiocho años.

Dije esto en absoluta sinceridad, y esperé volver á ver sobre el rostro de mi amiga su clemente sonrisa familiar. Pero los labios permanecieron inmóviles y la cara guardó su extraña impassibilidad.

Me confesó:

—He recurrido á un cirujano famoso, especialista en estas operaciones de rejuvenecimiento. Las arrugas me habían desfigurado el rostro, y

esto era muy triste para mí, que apenas tengo canas y que conservo el cuerpo muy joven... Me hice operar hace un mes, y hace dos semanas que paseo mi nueva juventud sin temor á esta luz intensa que antes me obligaba á no salir de casa hasta la hora discreta del crepúsculo...

—¿Sufrió usted mucho durante la operación?

—Bastante. Pero lo soporté con gusto. Cuando el doctor tiraba de la piel suavemente para no hacerme demasiado daño, yo misma le recomendaba que proce-

diera con toda la energía necesaria, sin preocuparse de mi dolor... —¡Admirable, amiga mía! Pero no veo huellas de la operación por ninguna parte...

—Están muy bien disimuladas... Véa aquí, detrás del pabellón de la oreja, y aquí, en lo alto de la frente, bajo los primeros mechones del cabello...

—¡Admirable!.. Y esta reparación, ¿es de efecto duradero?

—Diez años, aproximadamente... Lo necesario... Pero eso es á condición de no hacer gesto alguno y, sobre todo, de no reír, de no sonreír siquiera...

De nuevo me tendió la mano... Insistí:

—Parece usted una muchacha...

Me dijo su gratitud, con la mirada lenta y cansada de sus grandes ojos claros, pero sin sonreír, y se alejó, dejándome en el espíritu la impresión de haber hablado con una hermosa mujer de cera, escapada de la Exposición de algún modisto ó de una sala del Museo Grevin...

Proseguí mi camino, bajo el sol, que me pareció menos brillante, y en la mañana, que se me antojó más fría, y pensé que hay una edad después de la cual la Muerte no es para nosotros la Inexorable, sino la Dulce y la Piadosa...

ANTONIO G. DE LINARES

París, Junio de 1923.

LA ILUSIÓN PERDIDA

DIERON las ocho en el reloj del taller, y todas abandonaron el trabajo. En pocos minutos se acicalaron coquetamente, y ya que todas se hubieron mirado al espejo, salieron con gran bullicio.

En la puerta se fraccionaron en varios grupos. Las que eran esperadas por sus novios, con ellos se fueron. Otras marcharon hacia la Red de San Luis, y únicamente Margot bajó a la calle de Alcalá.

No pasaba de los veinte años. Era alta, espigada, como las mujeres de los dibujos modernos. Vista de espaldas, su buena estatura, la línea perfecta de hombros y caderas, sus pasitos rápidos y menudos, le hacían parecer hermosa. Pero vista de frente, esta primera impresión desaparecía. No era fea, no. Casi peor aún: era vulgar. Tenía los ojos, la boca, la nariz, el cabello, los labios, las mejillas, bonitos, bastante bonitos, pero su conjunto era de una desconsoladora vulgaridad. Podría comparársela con una escultura que tuviese todos los detalles acabadísimos, pero mal encajados.

Este era el dolor de Margot. Con el afán amoroso de los veinte años, mirábase al espejo y notaba que sus ojos valían más que los de otras que tenían fama de guapas; descubría que su naricilla, ligeramente respingona, era muy graciosa; veía que su boca era muy pequeña y que sus labios tenían un rojo que no era fruto de la barrita de pintura. Sin embargo, notaba no sabía qué, una cosa para ella inexplicable, que encubría la belleza de los detalles para convertirla, si no en fea, en vulgar, en *pasadera*.

Cuando por las noches, a la salida del taller, veía a sus compañeras cogerse del brazo del novio y marcharse con él, andando despacio y muy juntitos, sentía Margot como una mezcla de ansia y de dolor, una cosa que ella no podía precisar bien. A veces creía que esto era envidia. Otras le parecía que ni lo era ni lo dejaba de ser. Nunca había tenido novio. Jamás había saboreado el placer de oír palabras amorosas pronunciadas muy bajito y al oído. Solamente una vez, lo recordaría mientras viviera, habíala seguido un buen mozo guapo y elegante. Días más tarde le vió pasear por los alrededores de su casa. Pero luego, ¡oh, dolor!, supo que aquel hombre no iba por ella, sino por Pilarcita Gamboa, la primogénita de sus vecinos del principal.

Corriendo más que andando, medio aturdida por la animación de los otoñales anochecidos madrileños, por el ruido que hacían al caer los cierres metálicos de las tiendas, por el incesante tintineo de los tranvías, por los bocinazos de los automóviles, por la intermitente claridad de los anuncios luminosos, por los gritos de los vendedores de periódicos, recordaba Margot el trastorno que cinco años antes había sufrido su existencia. Murió su padre y con él acabaron el dinero abundante, la vida desahogada, el colegio de monjas francesas. Se defendieron su madre y ella con las alhajas, con los muebles, con algún dinerillo, los únicos restos de su pasado de abundancia. Cuando éstos se terminaron, tuvieron forzosamente que pensar en el trabajo. Ella, sirviéndose de sus antiguas aficiones por los *trapos*, entró en un taller de modista. Su madre se dedicó a la costura en su casa, ya que por nada del mundo, iría a trabajar a las ajenas, para no ser tratada como una sirvienta cualquiera. Acostumbrada a las pretéritas comodidades, prefería coser allí, en su casa, en la casa que era suya y nada más que suya, aunque para esto hubiera de trabajar el doble para obtener la misma utilidad. Igualmente, deseaba vivir en aquella guardilla, que pomposamente recibía el nombre de piso quinto, y que no tenía más que tres habitaciones, muy pequeñas y mal ventiladas, por la inocente presunción de decir que vivía en aquella casa de portal grande y claro, de fachada moderna y de portero de librea.



Llegó jadeante, cansada. Su madre, en cuanto le abrió la puerta, dijo:

—¿A que no sabes quién ha venido?

—No sé.

—Pues ha subido la del principal. Se va a casar y quiere que tú le hagas algunas cosillas.

—¡Ah, sí! La de Gamboa—dijo, por decir algo.

La madre, contenta por la nueva labor, que luego se traduciría en algunos duros, siempre necesitados, no dejó de hablarla de ello durante la cena.

—Es una muchacha muy simpática y muy

tratable. Tú la conocerás, porque me ha dicho que es cliente de tu taller.

Y como viera que Margot comía triste y callada, la dijo:

—Pero, hija, ¿qué te pasa?... ¿Por qué no me contestas?... ¡Claro! Ya comprendo... Te duele tener que trabajar por las noches, después de las nueve horas de taller... Sí, hija mía, es muy doloroso. Yo me doy cuenta; pero..., ¿qué quieres que hagamos?

—¡No, mamá, por Dios! No. No es eso. Yo trabajaré con mucho gusto no diez, vein-

te horas. Pero es que no sé qué tengo hoy.

—¿Estás mala?

—No sé. Es algo inexplicable. Algo así como una niebla ante los ojos. Tengo punzadas en las sienas. Será jaqueca.

—Puede que te hayas constipado. Acuéstate ahora mismo. Te daré un sello para que sudés.

Se acostó. La frialdad de la cama la hizo tiritar. Luego, poco á poco, fué entrando en calor. Tuvo la agradable sensación del lecho; y allí, acurrucada como un pajarillo, pensó que había mentido á su madre, quizá por primera vez en su vida. No. No tenía nada; no estaba enferma. Había dicho lo contrario para acostarse pronto, para así ocultar su dolor, para poder llorar libremente, sin ser importunada con preguntas á las que ella nunca contestaría.

Pero aunque ella creyese lo contrario, si estaba enferma. Tenía un mal incurable. Estaba enferma de la enfermedad de la quimera.

Aquel día en que creyó ser seguida por el que luego resultó novio de su vecina, una ilusión se alojó en su corazón. Luego, pensando en ello mientras trabajaba, soñando durante noches enteras, la ilusión fué creciendo, atrayente, dominadora. Después, aquel otro día en que á ella le pareció que él mariposeaba por los alrededores de su casa, la ilusión se adueñó por completo del corazón de la pobrecita Margot.

Y otro día—aquél triste día en que le vió hablando con la de Gamboa—Margarita lloró por la ilusión perdida. Y todas las noches unas la-

grimitas resbalaban por su rostro ó iban á perderse en la lana de la almohada.

Y ahora la necesidad la forzaba á servir á la mujer que, sin saberlo, era su rival. Y se veía obligada á hacer un humildísimo papel en aquella boda que tanto había maldecido. No podía negarse á ello, porque su negativa sería un disgusto para su madre, una deserción de su deber, un pedazo de pan menos que llevarse á la boca.

Lloraba convulsivamente, con ahogos, con rugidos en la garganta. Pensó llamar á su madre. Pero se contuvo. ¿Qué iba á decir cuando la preguntara por el motivo de sus lágrimas?

Dieron las dos. Rendida por el llanto y por el cansancio del cotidiano trabajo, se durmió hiposa, con un sueño sobre el que se cernía la pesadilla.

Al día siguiente bajó Margot á casa de los señores de Gamboa.

ooo

La madre la veía pálida, enfermucha.

—¿Qué te pasa, hija?

—Nada, mamá. ¿Qué quieres que me suceda?

—Trabajas demasiado.

—¡Oh! Eso no me importa.

—¿Qué es lo que te importa entonces?

—Nada, mamá, nada. ¡Déjame; te lo ruego!

—¡No te conozco, hija mía!... ¡Tú siempre has sido tan cariñosa!...

Margot se escondía. Siempre taciturna, triste, solitaria. Lloraba, lloraba, lloraba...

—Mamá: ¿quieres que hoy no vaya por la mañana al taller? Así podré ver la salida de Pilarcita para la iglesia.

—Como quieras, hija.

Se asomó á la ventana. ¡Qué buen día! Los pájaros, el sol, los niños: todo reía. Y ella lloraba.

Vino el coche con los lacitos blancos y las flores de azahar.

—¡Mamá!... ¡Mamá!—llamó con angustia.

—¿Qué quieres, hijita?—contestó la madre, llegando presurosa.

—Dame un beso, mamá.

—¡Toma los que quieras!

Y después preguntó:

—¿Para esto me llamas tan angustiosamente?

—Quería darte un beso.

—Pero esa angustia...

—¡Bah! Figuraciones tuyas.

—¿Ha salido ya?

—Aún no. Ya te avisaré.

La madre reanudó la costura. En el portal de la calle apareció Pilarcita.

Rápidamente, Margot se encaramó á la ventana y se dejó caer al arroyo.

Unas gotas de sangre mancharon la blancura del traje nupcial.

La madre, loca, gritaba arriba.

ANTONIO GASCON

DIBUJOS DE BASILIO

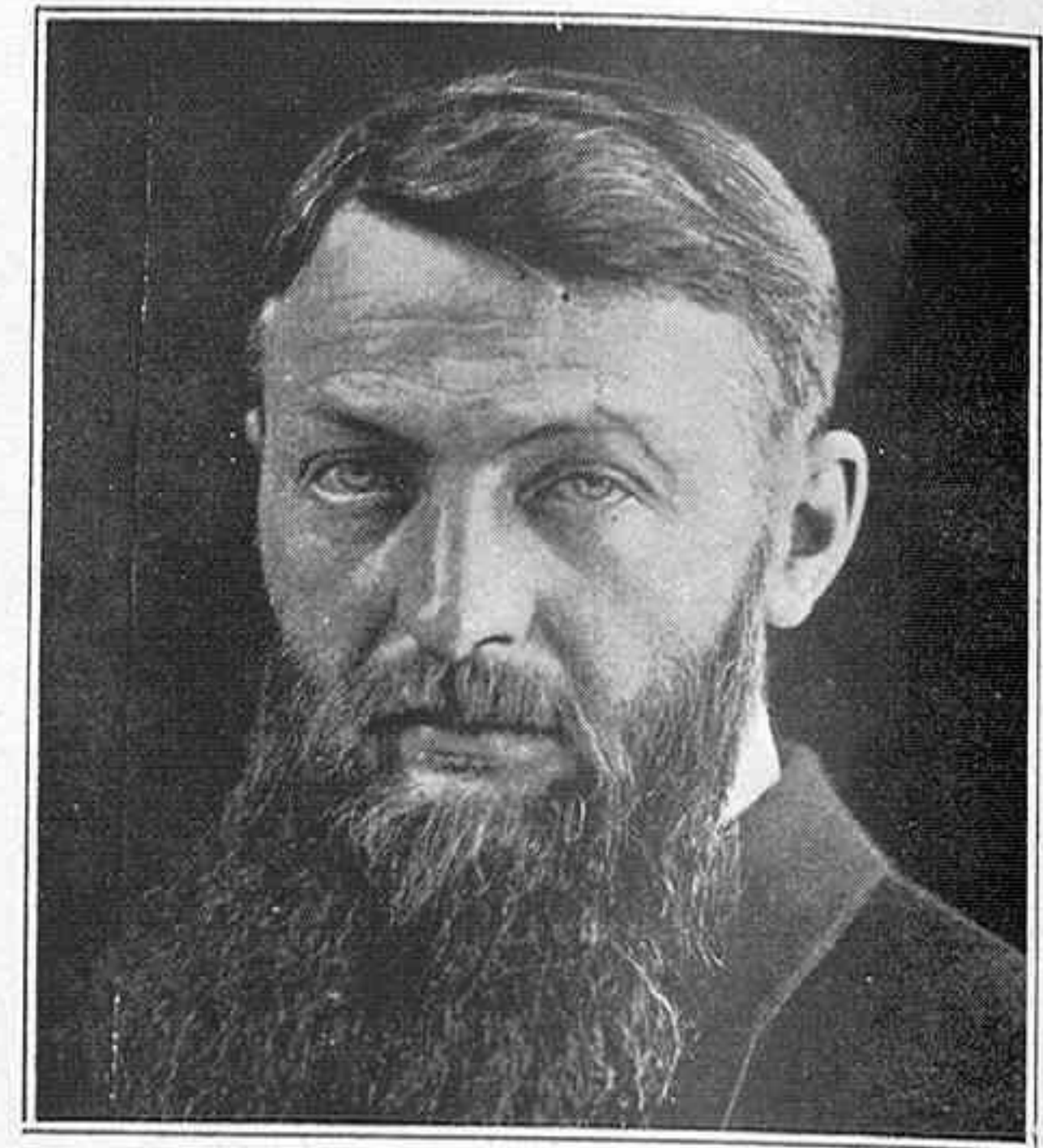


LAMARCA

FIGURAS DE PARÍS
VAN DONGEN



Geneveva Vix en la danza «Salomé», cuadro de Van Dongen



VAN DONGEN

Pocos pintores han sido tan discutidos en estos últimos años como Van Dongen. Parece haber llegado á la celebridad, como barco que al puerto llega enderezado contra las olas, los huracanes, la tempestad.

Así evocamos siempre la figura de Van Dongen con los rasgos de un marino inmóvil en la proa de su nave y que cada día descubre nuevos horizontes. Esta es una de las características de Van Dongen: buscar y descubrir. Trabajador incansable que vive con el temor de dejarse encerrar en fórmulas definitivas, obstinado en escaparse de sí mismo.

Antes de la guerra, Van Dongen había llamado ya la atención no tan sólo de los críticos y de los aficionados, sino también del público, á quien seducía ó sorprendía la extrema novedad de su pintura. Tal vez se ha permitido ciertas extravagancias; pero recordemos al filósofo: «Exagero, mas lo hago para que me comprendan.»

De esta manera, con frecuencia Van Dongen ha exagerado. Pero siempre lo hizo con ese humorismo, esa agudeza penetrante que hacen de él un gran satírico. A veces esa ironía visual le hace tomar un concepto un poco caricatural de las cosas y de los seres, y esto ha desconcertado á ciertas gentes que no conciben la belleza como él, ni adivinan sus intenciones.

Van Dongen no se aflige; detrás de su tan suave sonrisa hay una ferocidad que se divierte de la incomprensión, como también de los aspectos ridículos que en su modelo descubre y que sin piedad eterniza.

Los enemigos de Van Dongen, aquellos que más le reprochan sus exageraciones y las deformaciones cuyo sentido oculto no ven, no pueden menos de confesar que Van Dongen tiene la paleta más certera, más delicada, más rica en matices originales de nuestra época. De nuevo acude el simbolismo marítimo: «*Le gris des ciels du Nord dans son âme est resté*», diría el poeta. Otros muchos de sus cuadros parecen haber sido pintados con perlas desleídas.

El retrato del barón Franchetti, que fué expuesto en el Salón del año pasado, guardará como modelo de este arte, y nos ha mostrado cómo bajo nuestros ojos una obra moderna puede renacer clásica. La vimos salir del taller, sorprendente de vida, de novedad y de color y ya lista para tomar sitio al lado de los más afamados cuadros de nuestros museos, al lado de un Van Dyck ó de un Franz Hals.

Este año Van Dongen expondrá el retrato de Geneveva Vix, de la Opera Cómica, representando «Salomé», esa obra que tantas veces le ha visto España, donde sus gratos recuerdos son inolvidables. Este retrato marca una época en la carrera de Van Dongen. Hasta ahora al pintor le agrada pintar con preferencia viriles figuras. Parecía temer su propia crueldad, y pensaba que no siempre basta aumentar el volumen de las perlas y el esplendor de los brillantes para satisfacer á las damas pintadas por él y por ellas. Pero en vista del entusiasmo con que las señoras de la más alta sociedad parisién y sudamericana solicitan ser retratadas por él, Van Dongen ha perdido algo de su timidez y se deja dominar por el furor de la moda.

Que, por otra parte, no dañará á su originalidad siempre nueva.

MAX DAIREAUX

ANDANZAS

En el puerto de Amberes

La ley, que no el día, marca el fin de la jornada, y comienza el desfile de los trabajadores. Cortejo melancólico de socialismo y de ropas oscuras, silencioso bajo el cielo blanco y las ráfagas del viento invernal. El pañuelo grana que un marinero italiano cambió á un cargador por una pipa flamenca, aletea en el cuello del hércules. Los herrados zapatos del rebaño suenan en el adoquinado, cuyas junturas tienen mezclado el carbón con la humedad, como son negras las rapadas uñas y las grietas en el rostro rojizo y vidriado de los obreros. Avanzan ya sin mercancías esos carros largos y rastreantes, con sus ruedas enanas y gordas. Sobresalen los caballos de una estatuaria gigantesca, y algún conductor que se instaló á mujeriegas en la grupa capaz como un sillón de fraile, parece el cantero que ha de subir la escultura á un pedestal elevadísimo. No cesan de fluir las cuadrillas, entre los policías fúnebres, con su cerrada levita que semeja un ataúd.

La cabeza del hormiguero llega á los muelles, con sus verjas, sus árboles, sus *hangares*, sus tranvías, sus terrazas y sus cabarets. El carillón recibe á los que vuelven á la ciudad. En la boca de éstos nace la sonrisa, á la vista de las mujeres y de la cerveza. La pesadilla terminó por hoy.

Y allá quedan los diques: el de las maderas, el Mayor, el de Asia, el de América, el de Lefebvre, el Kattendyk, el *petit bassin*... En la profundidad vertiginosa del que está seco, un barco canceroso en su bermejo, apuntalado con mil vigas, deja de lamentarse á los golpes de los martillos, pero es colosal su soledad, apenas dulcificada á intervalos por la lluvia, que si hiera la piel del hombre, resbala con dulzura de bálsamo en el casco de hierro... Los incontables *steamers* de las otras dársenas, confundidos en su multitud como los trozos de la más grande montaña despedazada, inmóviles y mudos, yacen igualmente olvidados, con una bombilla eléctrica encendida demasiado pronto en un palo, la silueta de un can y algunos flácidos banderines náuticos, destacando aisladas dos banderas nacionales: la inglesa y la americana; la primera como una muestra de un tejido, y la segunda con un algo de pyjama, de traje de negro colonial y de *music-hall*... En el terrible crepúsculo de acero, únicamente la algarabía de unos pájaros, bohemios de los herbazales del río, y que alborotan en la arboladura de un bergantín, esquema de un bosque.

Tantos y tantos buques hay en los inmensos estanques, que consideramos forzosa su quietud, casi arquitectónica en su solidez y sus perspectivas. Componen un extraño burgo de azoteas desiertas, por las que sólo andan la trompa de elefante de las grúas y demás artilugios del espectralismo mecánico. Mástiles y escalas perfilan sus calvarios, y los gruesos tambores de las chimeneas inclinanse y lanzan el toisón del humo, enfáticos y fofos como eunucos. No la urbe mundana de los transatlánticos de pasajeros, con su guirnalda de luces redondas de los camarotes y su servidumbre de los palaces, sino una de barrios equívocos y obsesionantes, la de los navíos de carga, oxidados,

con remiendos y tiznadas sus planchas con el reguero de los cubos vertidos desde cubierta. No carece, sin embargo, de sugerencias soñadoras. Cada nombre en la proa inspira nostalgias. Y es una Venecia más misteriosa la del agua verde en las calles de muros férreos; callecitas sin fin, en que se sumergen cadenas enormes y asoman las hélices su lengua buida, al amparo de su propio arco, y refléjanse las anclas crucificadas en un costado de los leviantes...

Unas factorías extienden su campamento en las praderas que antaño poblaban los molinos, en torno á los cuales serpenteaban las farándolas de las kermesses. Al borde las rutas con carbonilla y vedijas desprendidas de las sacas, con involuntarias sementeras de arroz y manchas de caldos que delata su perfume, los depósitos á la mañana llenos y por la tarde vacíos, con su comba techumbre sobre unas pilastras. En los espacios libres, pirámides de ta-

blones, con la base arriba, de modo que ladeándose en diversos sentidos, adelantan la sensación del mareo. Encuéntrase tal barraca apartada y como maldita, y los grupos de las que conducen á los esteros, improvisando medrosas vías en que cualquier individuo adquiere un aire criminal. Por el contrario, intentan sonreír unas viviendas de madera embreada, con geranios y muselinas en sus ventanas de marco de esmalte, y no lo consiguen, que entenebrece el lugar la vecindad de unas vallas que el alquitrán ha enlutado. La polvorienta mole de ladrillo de los cereales, el pabellón de la farola roja, más quioscos con delegaciones administrativas, enlázanse en su dispersión con los hilos del teléfono. La fortuna visita á su capricho el prolijo y difuso vivac, y al margen de la corriente pródiga conviven ruinas y prosperidades, que revelan el testimonio de los refugios según su aspecto. El fuego que constituye la preocupación unánime del arrabal de los tesoro-

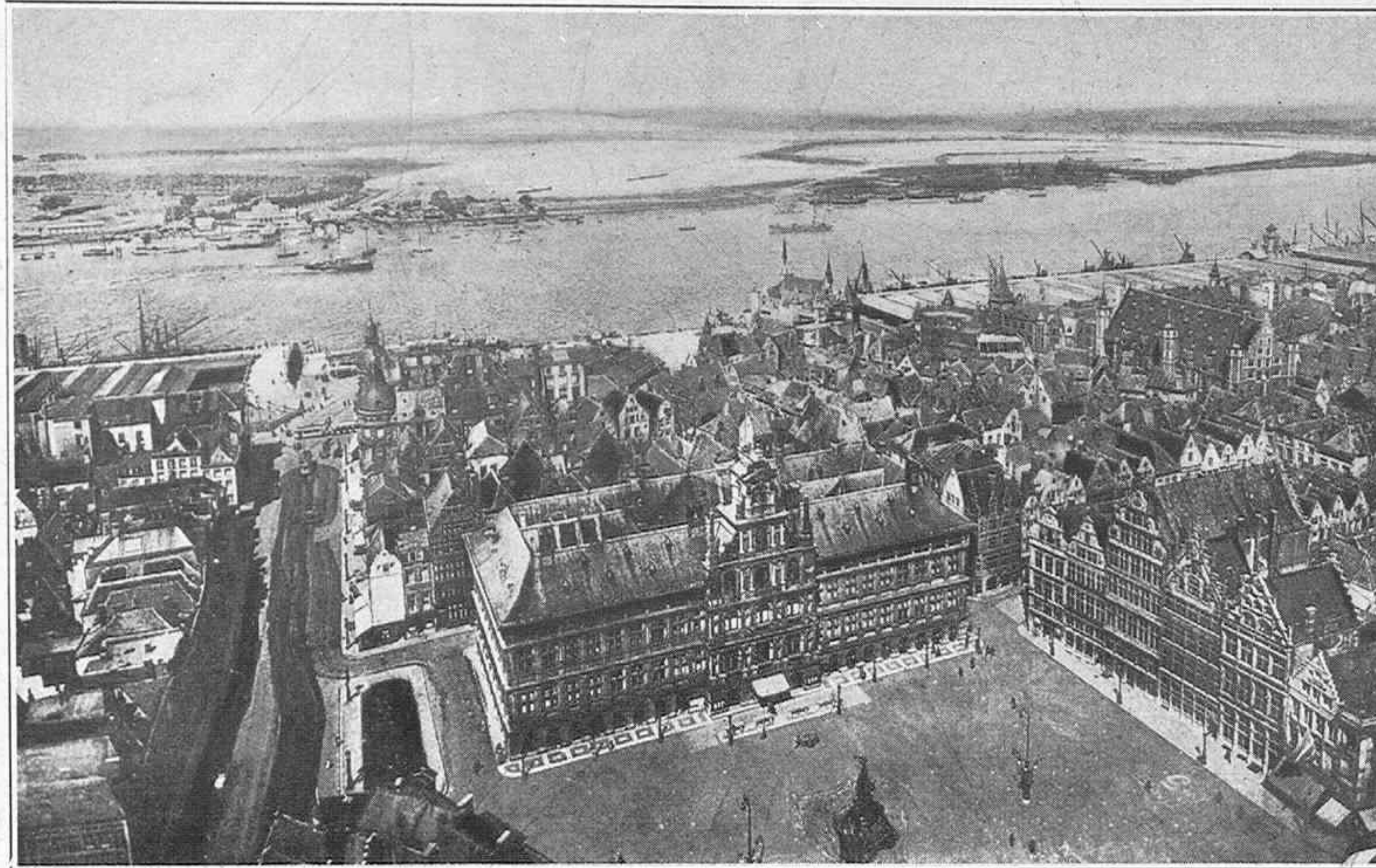
ros, repitiéndose en cada pared, junto á las enseñas de los armadores, la orden que prohíbe fumar, diríase que ya pasó, entristeciendo con su tizne los tinglados, que semejan residuos de una feria que era de un dorado barroquismo.

Y en los canales que cuadrulan la llanura descansan los remolcadores y las gabarras, que antes buscaban la amplitud fluvial, obligando á los puentes á retirarse como una hoja en su vaina. Y en los rieles con su ahilado fulgor las vagonetas en rosario se empequeñecen hasta la mezquindad junto á las naves formidables.

Todo gravita con la pesadumbre del trabajo penoso, en la campiña espejeante de lagunas, con arboledas y caseríos en las nieblas

del horizonte. En mitad del prado con florecitas amarillas, que arranca en las piedras de los tanques fabulosos, amontónanse unos bloques de mármol desembarcado, ciclópeo monumento de la fuerza domada á su alrededor. Aterroriza con un manso espanto la calma suprema de los monstruos deshabitados, á la que el paisaje añade la extrañeza de su desierto. Un policía recorre su guardia, en el terreno que de trecho en trecho levanta un caballote con un salvavidas. Cuatro indios famélicos, con túnicas de arpillera y turbantes sucios en sus máscaras de fiebre, vagan como fantasmas, encorvados por los ramalazos del aire, cuyas invisibles alas gotean como si se desplumasen...

El mar..., ¿dónde el mar que tiraniza estos llanos de Flandes?, no huele, no arrulla, no refulge, ni alucina con sus lejanías infinitas. Está representado en el río, oleosa lámina descolorida en los breves límites de sus orillas bucólicas. La desproporción entre el envío de los océanos y la domesticidad del Escalda, infunde al puerto un raro carácter... Arriban los *steamers* y se guarecen tras las esclusas, en el asilo confortable y seguro... Como á una clínica, vienen á dar á luz, á descargar sus vientres del fruto de sus idilios con el Universo en sus paraísos de la fecundidad.



Vista general de Amberes y el puerto



Detalle del puerto de Amberes, que muestra el fuerte contraste de la pintoresca ciudad histórica con el tráfico de la vida moderna

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

MOMENTÁNEAS

EL BESO DE FANTINA



ESTAMPAS, libros, películas... Todo le habla á Fantina de una vida de pasión que crea en su alma un alma nueva, sedienta de cariños inextinguibles. En sus sueños inocentes, ella se figura el mundo como centro de amor y felicidad, donde la existencia es aquello que ha visto: un beso; un largo, candente, constante beso aplicado á todo.

¿Quién le habla á ella de odios ni de hastíos? La vida puede ser todo menos cansancio y tristeza. De haber alguna melancolía, debe de ser la que surge de una emoción dulcísima y encantadora.

Vivir es besar las cosas, los símbolos, las ideas, y besarlas con ternura, como ella siente y como ella piensa.

Su alma juvenil, candorosa y virginal, tiene aquella filosofía que responde á su admirable inocencia. Y como todos procedemos con arreglo á nuestra personalísima manera de apreciar lo fundamental de la vida, ella lo hace con arreglo á su hermosa y envidiable ideología. Y no se lo dice á nadie. El pudor de su espí-

ritu se lo impide. Cree que al revelar su secreto, aquel secreto de su corazón, profanará ese mismo corazón que ama todo lo existente y va dejando sus besos en todo lo que vive y lo que late dentro y fuera de él...

Fantina es bella, delicada, sensible y un poco romántica; pero con ese romanticismo engendrado por la juventud, que sin romanticismo es incomprendible. Viendo la vida con la dulzura que ella lo hace, se forja un mundo ilusorio, aunque admirable. No cabe en su corazón ninguna desconfianza, ningún recelo, ninguna duda. Vive dulcemente, esperando el momento del gran amor, del supremo amor, del soñado amor...

Pero los años transcurren. El alma de Fantina ya no siente aquellos sueños de otros días de dulce credulidad. Ama, sigue amando al amor que adora con todo su corazón; pero de otra forma. El mundo ya no es para ella el alegre, hermoso y soleado camino que ella creyera.

Es algo distinto, dulce y hermoso también,

y, sin embargo, completamente opuesto á lo que antaño pensara. La vida se le revela con toda su realidad y ve lo que antes ni siquiera imaginó.

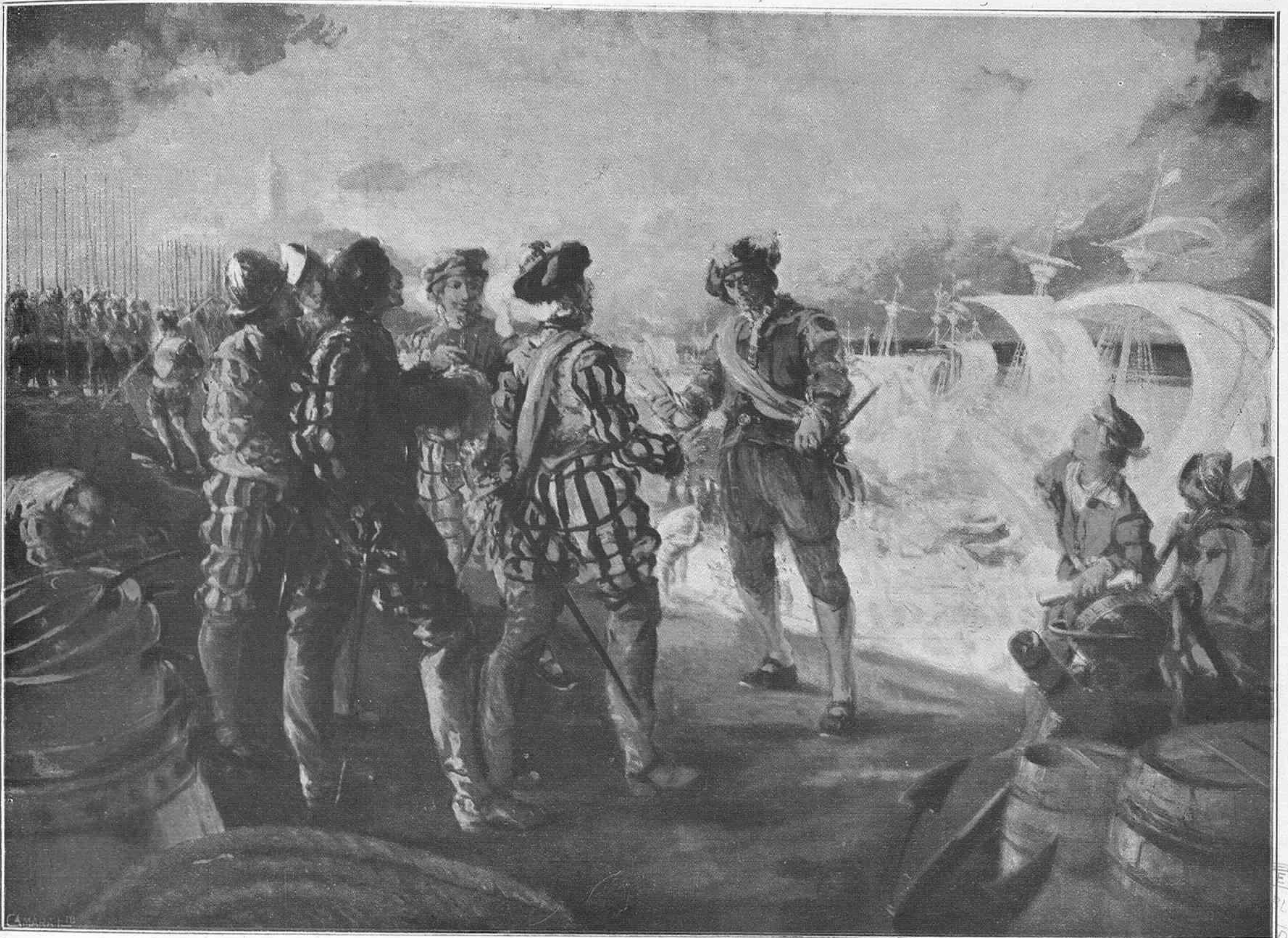
¡Besos!... Seguramente la vida es lo que aquéllos simbolizaban; pero besos aplicados con resignación, mansedumbre y amargura, sin vehemencias ni exaltaciones. Y no eran mentiras las ilusiones de antaño, sino verdades mal interpretadas. Fantina, que, siempre bondadosa, es incapaz de entregarse á la desesperación, recoge la enseñanza que se desprende del desengaño sufrido, y como tiene necesidad de condensar en algo la experiencia que adquirió, la encierra en un pensamiento cuya amargura se sintetiza en lo que á sí misma se dice en los instantes de recogimiento y meditación:

—La vida es un beso, sí; pero un beso que damos á la alegría y nos devuelve el dolor.

JUAN LOPEZ NUÑEZ

DIBUJO DE MANCHÓN

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



«La partida de Juan Sebastián El Cano», cuadro de Uranga

Nostalgia

¡Qué solo me han dejado! ¡Huyeron las her-
[mosas
que mi pesar tornaban en horas de alegría,
y huyó el aroma grato de nardos y de rosas
que del nevado seno brotando se esparcía!

No suenan ya las risas alegres, bulliciosas,
á cuyas dulces notas mi pena adormecía,
ni estrechan ya mis manos las manos amorosas
que con ardientes besos del corazón cubría.

¡Qué largas son las noches, qué oscuras y
[qué largas,
cuando recuerdos tristes y lágrimas amargas
derraman nuestros ojos ó engendra el corazón!

¡Qué horrible para el alma es la vejez que
[nace
del corazón cansado, que muere y se deshace,
envuelto entre las alas de su última ilusión!

Narciso DÍAZ de ESCOVAR

Una gran dama

(De VERLAINE)

Bella hasta condenar á un santo y al más viejo
juez encender de amor; tiene un porte imperial,
habla un dulce italiano con un gracioso dejo
ruso, y sus dientes brillan con blancura sensual.

Por su piel deslumbrante, por la blanca realeza
de sus senos, ¡oh, rosas de la condenación!,
igualar no podrían su patricia belleza
la sutil Cleopatra ni la gata Ninón.

Sus ojos, azul Prusia, fríos y fulgurantes,
tienen el insolente brillo de los diamantes.
—¡Gran dama!— Buridán piensa de esta hembra
[rara.

Y no hay término medio; hay que amarla de
[hijos,
no hallando astro más bello que sus cabellos rojos,
ó bien de un latigazo destrozarle la cara...

E. CARRÈRE

La guitarra

De la sencilla guzla musulmana,
monorrítmica, grave y quejumbrosa,
grato solaz de la odalisca hermosa,
desciende la guitarra sevillana.

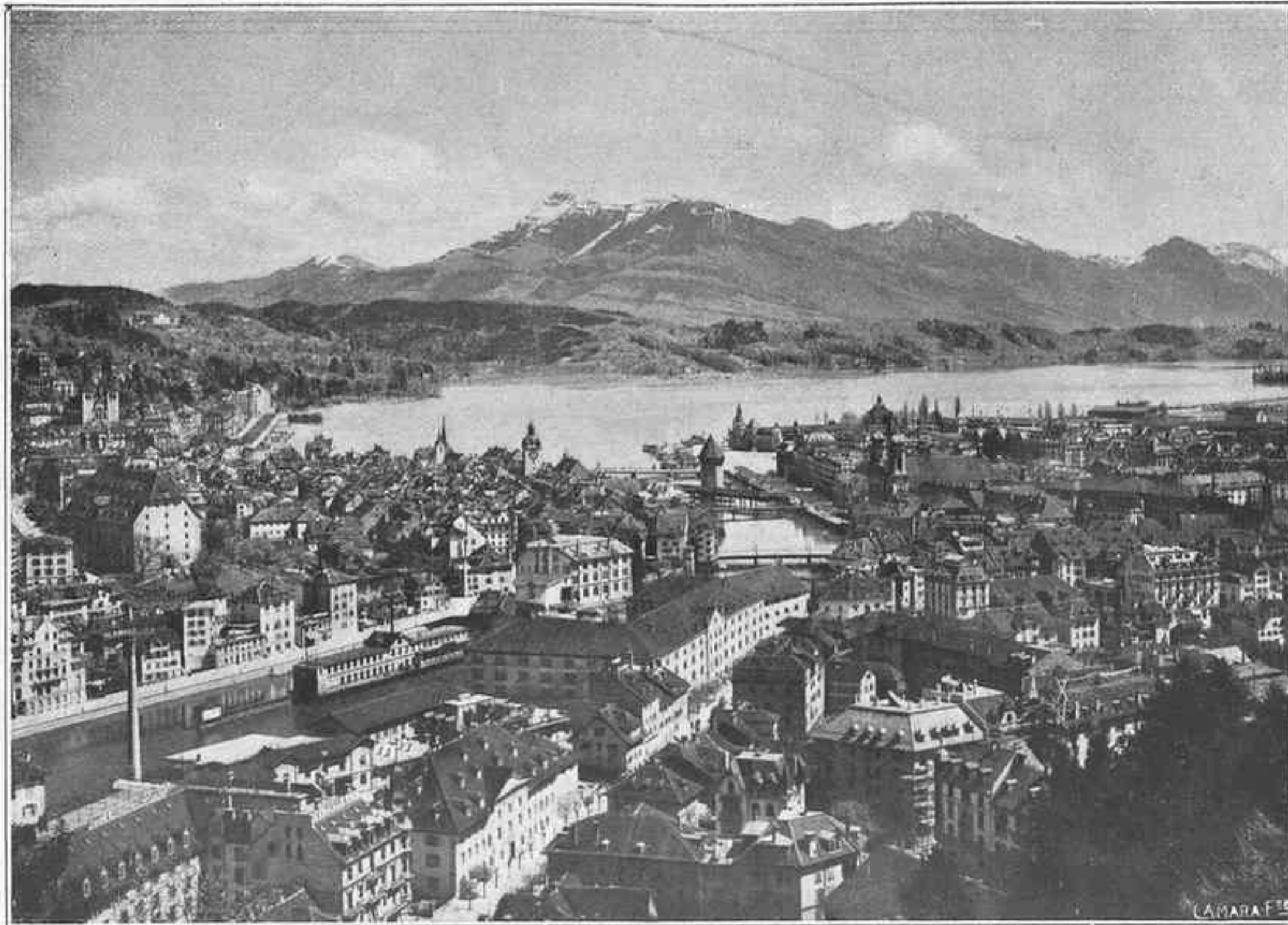
De las fiestas del pueblo soberana,
en cada cuerda un ruiseñor reposa,
y dentro de su caja melodiosa
palpita el corazón de una gitana.

Instrumento ninguno la supera;
que al lanzar la guitarra plañidera
sus limpias notas en raudal brillante,

Parecen de sus cuerdas los sonidos
hondos ayes de pechos doloridos
que lloran la traición de ingrato amante.

Manuel CONTRERAS CARRIÓN

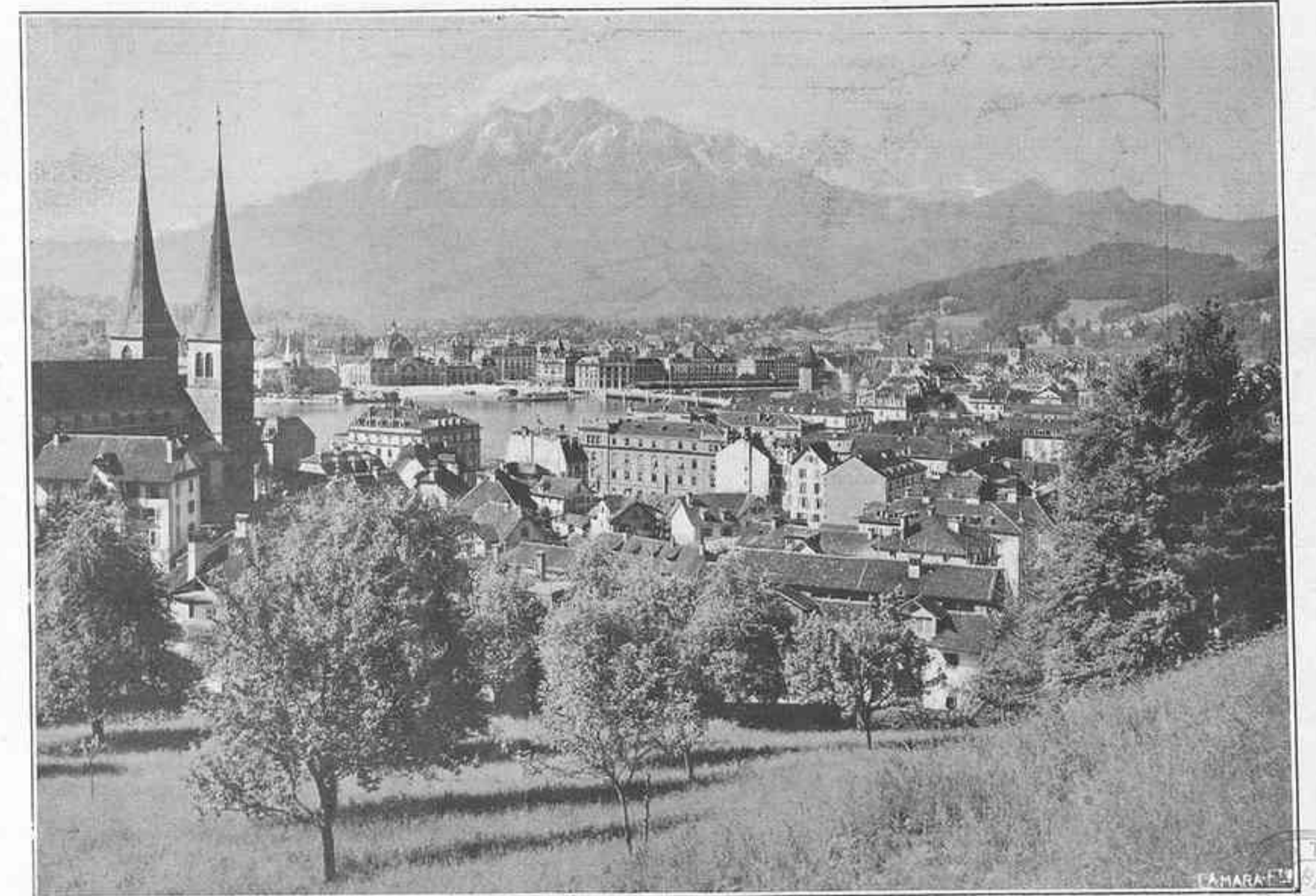
POR TIERRAS DE EUROPA.—LUCERNA, LA ENCANTADORA



Los hoteles del Righi y una vista de los Alpes



Torre del Agua y Puente viejo de Lucerna



Lucerna, y al fondo el monte Pilato

LINEA suave, ondulante, en el llano; trazo vigoroso, cortante, en las alturas: éstas son las impresiones perennes de Lucerna. Engarzada entre el monte Pilato, cuyas estribaciones semejan olas de mar en furia al asalto de la cúspide rocosa, y el frondoso y sombrío Gütsch, la coquetona villa helvética reúne en su recinto, que con justeza ha sido llamado el salón de recepción de Suiza, todos los atractivos de una moderna ciudad cosmopolita y los encantos de vetustos vestigios de un pasado glorioso.

En la mortecina luz de las tardes lluviosas de otoño es cuando nos aparece

Y de pronto, inesperadamente, surge ante la vista del peregrino soñador una casona señorial del más puro estilo flamenco, y emociona ver el arraigo y difusión que antaño supieron dar los arquitectos y artistas hispanos, cobijados por el duque de Alba, a la civilización ibérica, hasta llegar al mismo corazón de la Suiza primitiva.

¡Llor á aquellos tiempos que nos legaron esas fábricas de recia línea, suavizada por aportaciones flamencas.

Circundando este dormido rincón de piedras seculares, las vetustas murallas carcomidas del Múseg persiguen en caprichoso desbarajuste de líneas, hasta tener en el río.

Como prolongación, un puente de madera, ornado de *panneaux* representando escenas históricas, diminutas por la pátina de los tiempos, cruza en quebrada carrera el río. Y antes de transponer el umbral de la antigua Lucerna, cuya fundación data del siglo VIII, nos recrearemos en la contemplación del último baluarte de la vieja villa: es éste la Torre del Agua.

Su imponente mole exagonal desafía los asaltos del Reuss, como en tiempos remotos resistió los ataques por sorpresa que en vano intentaron los vasallos armados de los Habsburgos.

Mas... para admirar la coqueta Lucerna bajo su aspecto riente de gran *caravansérail*, hemos de situarnos forzosamente en la estación vernal. Entonces es cuando la diminuta villa se remozca, adornada con sus modernas galas, para acoger á miles de turistas.

Escalónanse sus lujosos hoteles en la orilla izquierda del río para esparcirse, una vez pasado el Seebrücke—ancho y hermoso puente de piedra granítica—, á lo largo de la margen derecha de esa joya única que se llama Lago de los Cuatro Cantones. Los muelles, sombreados por frondosos árboles y refrescado el aire por numerosas palmeras en cestos, toman el nombre de los tres fastuosos hoteles de varios cuerpos que los bordean en toda su longitud, á saber: el Schweizerhof, con su explanada de jardines cuidados con esmero; el National, que ofrece á la aristocracia internacional sus cuatrocientos lechos, y el Palace, majestuoso en su mole blanca.

Entre estos dos últimos erige su cúpula el Kursaal, donde desfilan las mundiales celebridades musicales, escénicas y acrobáticas.

De Julio á Septiembre, Lucerna alberga una población flotante de cuarenta mil almas, que proceden de todos los confines del mundo, y es curioso observar el abigarrado conjunto de este cosmopolitismo bullicioso, que evoca, por la diversidad de sus idiomas, la bíblica Torre de Babel.

Este á modo de atracción que ejerce Lucerna sobre sus visitantes, está plenamente justificado.

La vista, desde las orillas del lago ó cualquiera de las colinas circundantes, abarca un circo de abruptas montañas, destacándose en primer término el Stanserhorn, que cae á pique en el lago, y el afamado Rigi; más allá es la cordillera nevada de los Alpes.

La temporada ábrese por una batalla de flores, y se clausura con carreras de caballos. Se ponen á contribución todos los recursos imaginables, por nimios que parezcan, para cautivar y retener al forastero.

Alternan los conciertos, dados por la Scala di Milano, al aire libre, en los jardines y en el Kursaal, con la música sacra á cargo del renombrado organista de la Hofkirche, iglesia catedral, á la que se accede por una monumental escalinata.

Los aficionados al deporte no quedan tampoco descontentos. Concursos internacionales de *tennis* congregan en amplios *courts* una concurrencia distinguida... El *golf*, tan caro á los ministros ingleses, extiende su pista en el campestre sitio de los Tres Tilos. La pesca reúne sus principales entusiastas entre los *gosses* de Paris.

Y las regatas... y... Aparte de estas distracciones que hacen grata la estancia en tan deliciosos parajes, abundan las facilidades que se ofrecen al turista: veinticinco vapores lacustres llevan anualmente medio millón de excursionistas de un lado á otro del lago, y los ferrocarriles de montaña, funiculares ó ascensores, hacen accesibles los más escarpados picos.

ooo

Noche mágica... Es sábado...

A las nueve, todos los hoteles se metamorfosean en palacios de las mil y una noches, alumbradas y subrayadas sus líneas arquitectónicas por miles de diminutas lámparas eléctricas que dejan en una sombra enigmática el conjunto del edificio. En los paseos, los farolillos venecianos proyectan su enfermiza luz sobre los andenes, donde una muchedumbre se agita gaja, despreocupada, bullanguera. A veces, una amorosa pareja apartase del paseo central para internarse en un sendero poco concurrido donde la claridad opaca de las linternas multicolores llega tamizada por el follaje, dejando placas de obscuridad... Los *djins* pasan encima de sus cabezas muy juntas, prendiendo en la frondosidad un murmullo casi imperceptible... El ha depositado un beso en los claveles rojos... Natura cobija un nuevo idilio... ¡No lo turbéis!

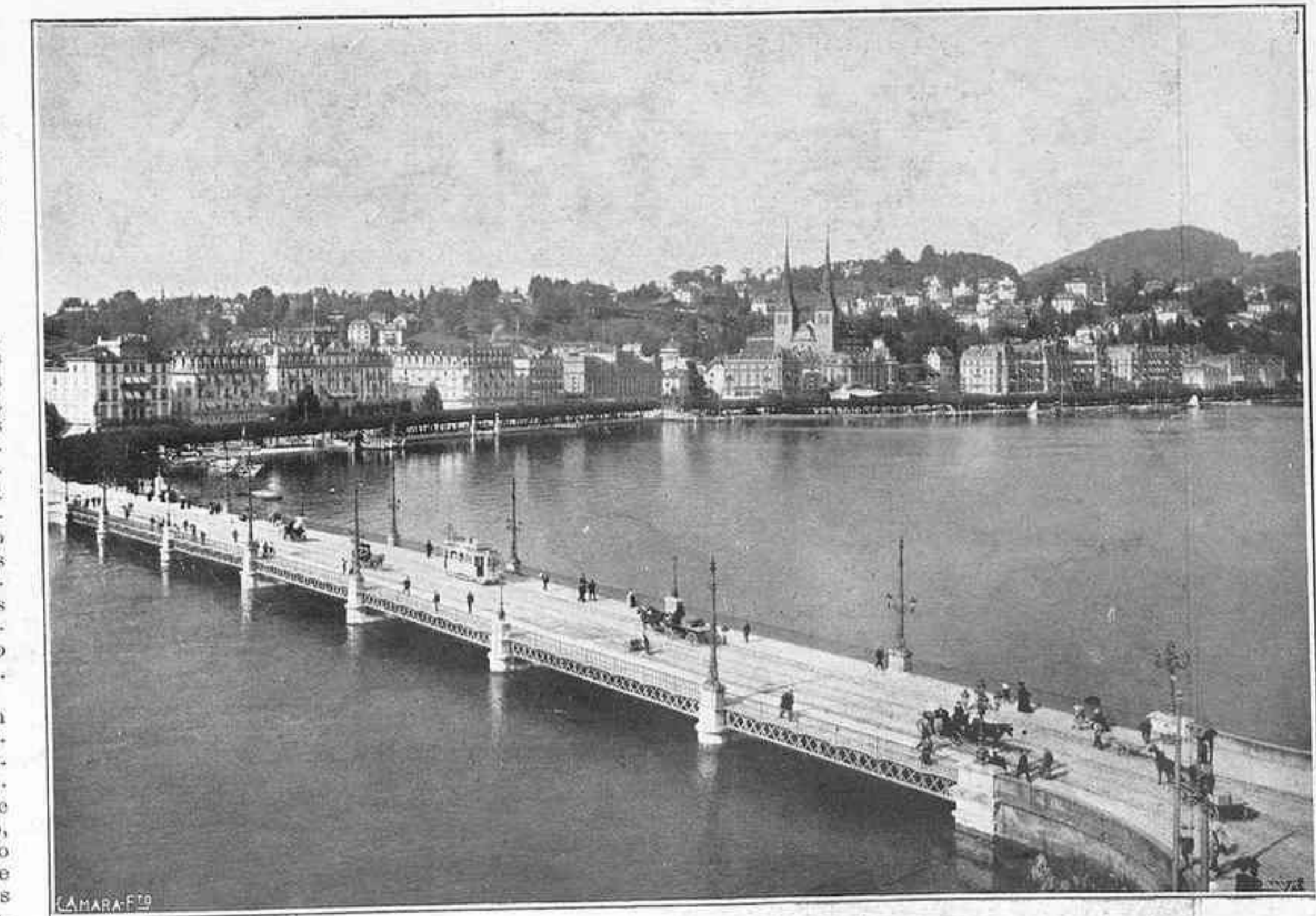
Sobre las aguas negras del lago, persiguen, en carrera incierta y temblorosa, centenares de lucecillas, que, al reflejarse en la movediza superficie, parecen lágrimas de sangre, llamas azules, jirones verdes y blancos encajes. Son las canoas, repletas de invisibles seres que tal vez se estrechen muy quedo, susurrándose dulces cantos de amor... Y de pronto empieza el bombardeo de cohetes; la viva luz de los fuegos artificiales desgarrá violentamente las tinieblas; sus soles giratorios dañan la vista. Y seguidamente, alumbrados por la policromía de los fuegos de bengala, van apareciendo grupos de gimnastas

que, en perfecta inmovilidad, reproducen los monumentos históricos de la libre Helvetia, con tal grado de perfección que se duda un momento si, por efecto de magia, han sido trasladados sobre el zócalo de las aguas, sombreadas de locas lucecillas. Un instante de efímera obscuridad, y el *bouquet* final de miles de estrellas de todos los matices hace palidecer á sus hermanas mayores de allá arriba, como queriendo, en su vida de un segundo, vengarse de la eternidad de los soles.

ENRIQUE LOUP

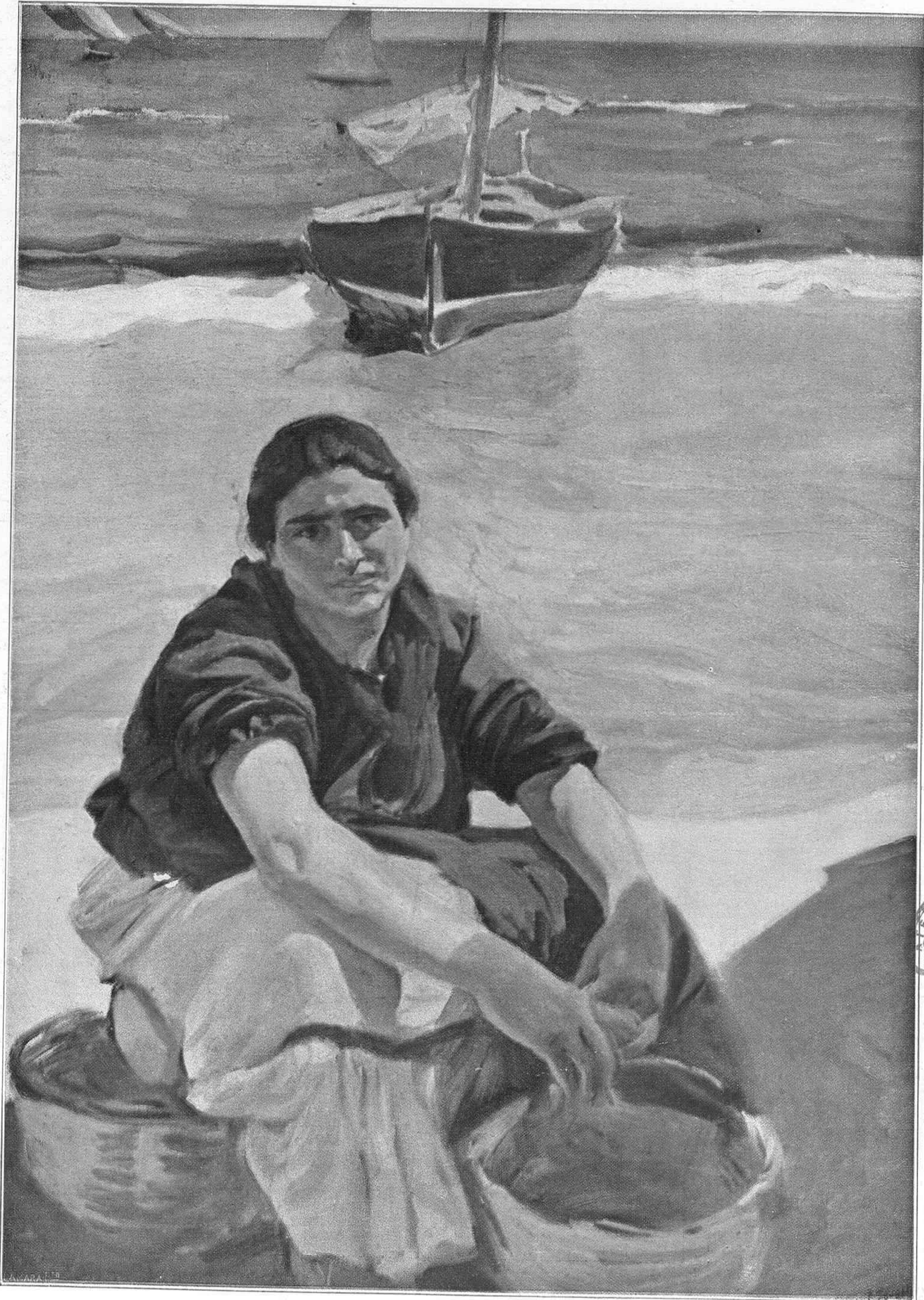


Lucerna y el Righi, vistos desde Gütsch



Los muelles y Puente nuevo sobre el lago de los Cuatro Cantones

LA ESFERA
LA PINTURA ESPAÑOLA



PESCADORA VALENCIANA, cuadro de Joaquín Sorolla, que figura en la Exposición de Arte Valenciano

ESPAÑA EN LA ARGENTINA

XAVIER BÓVEDA, EL SENCILLO

La sencillez, ¿es patrimonio de los cerebros y las almas fuertes?... Xavier Bóveda, nuestro antiguo camarada, el poeta de la melancólica Galicia, el que, como nosotros, supo de los días sin pan y de las noches al raso, nos ha asegurado que, en efecto, la sencillez es patrimonio de los fuertes.

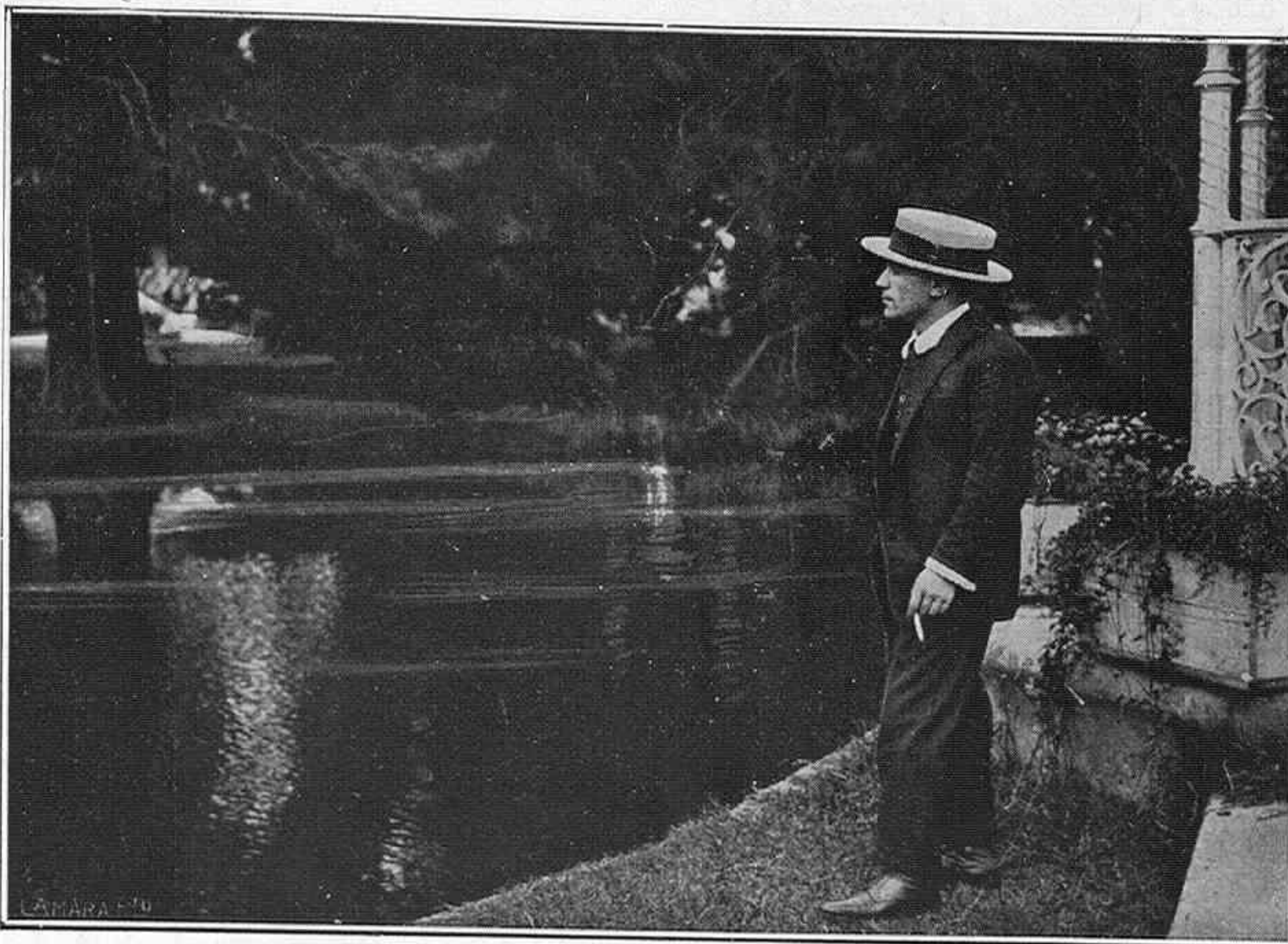
Apenas llega el fraterno poeta a Buenos Aires, el elemento intelectual se da por elocuentemente enterado. Bóveda, que cuenta en su haber con una juventud en flor, trae, como principal bagaje, la flor más fresca y aromada de sus años mozos. La trae, y planta en todas partes simiente de esa flor, la flor de su lirismo, de sus versos sin afectaciones, de su expansión sentimental extraída en la roca de la Castalia clásica.

Xavier Bóveda, el sencillo, cegado por la vibrátil luminosidad bonaerense, habla de Buenos Aires mucho y bien. Popular á fuer de talentoso, la música de su poética ha resonado de extremo á extremo. Buenos Aires contrae su atmósfera generosa hasta adquirir forma y contornos de ánfora etérea, azul, con algo de marina y de crepúsculo. Allí el hermano Bóveda vierte sus rimas y las estrofas de *Epistolario romántico y espiritual*, *Los poemas de los pinos*, *De los pazos gallegos* y *El madrigal de las hermosas*, juntan el primoroso enjambre de soberbias decoraciones al ornamento de retablo para, con la melodiosa expresión de *La luna, el alma y la amada*, caer dentro del ánfora azul y abrirse en gallardo abanico español, transparente, cromado, firme.

¿Tiene, pues, algo de particular que aquel Bóveda de hace años se haya alzado sobre su propia inspiración, conquistando en Sudamérica el justo renombre que conquistó en España?...

El exquisito Leopoldo Lugones lo solicita. El eminente Rodríguez Larreta lo llama. Montevideo, Chile, Brasil, lo esperan. Los diarios y revistas predilectos del gran público se lo disputan. El amplio salón del prodigioso Teatro Cervantes se llena de gente ansiosa de escucharle en sus dos conferencias: «Del sentimiento de la Naturaleza en la totalidad de mi obra poética» y «La emoción lírica como expresión universal en el sentimiento poético». El poeta recita sus mejores composiciones líricas. Vemos al auditorio comprender y sentir, y al surgir, poderoso y unánime, el varonil *Canio á la raza gallega*, Bóveda, de pie en el escenario, golpea en el yunque de la rima unánime y del metro dominador, haciendo saltar chispas libertadoras...

Y mentalmente, nosotros, que lo amamos, consagramos el estruendo clamoroso de la ovación, primero allá, á la tierra donde la madre del poeta quedó temblorosa y sollozando el día que las hélices de una nave azotaron las ondas, enviándola, en el postrer remolino de espuma, el adiós filial, hecho estrofa también, pero de las que



Xavier Bóveda frente á los pinos de sus poesías

no se escriben, y después al resto de España, pródiga y buena.

La situación de Bóveda en Buenos Aires está definida. Vino como artista y como artista se le recibió. Gusta el manjar de la victoria con una modestia á nuestro parecer excesiva; no le empujece la vanidad, no quiere exhibirse, vive en sí, por el verso y para el verso, al margen de torres de marfil, pensando en la vida, gestando nuevas rimas, celebrando ante el altar de la Belleza el sacrificio de la musa joven, que creció á fuerza de privaciones, de

cesivas y que le tienden el ramaje tal que si el poeta, trocado en ave, aprestara las alas disponiéndose á entonar sobre la copa del árbol algún trino injerto en añoranza.

Noche á noche, los amaneceres nos sorprenden en compañía de Xavier. Los silencios del alba, los últimos silencios, el airecillo del invierno que se acerca, la claridad tempranera, el ruido sordo de las lejanías, la bruma que brota del mar, le arrancan frases cortas. Evoca el poeta al paisaje gallego.

Aparece la montaña, y en la montaña la moza garrida que roza el lomo de la vaquiña con una varilla de olivo... Aparece la aldea, donde el baile es rito y la gaita, susurro, y las rojas sayas de franja negra puestas de sol en granos de garnacha... Aparecen las casas en pendiente, aisladas unas de otras por bandas de follaje ó bravos paréntesis de piedra... Aparece, igual que un eco, la evocación del coro regional: «Bailaches, bailaches, bailaches, bailei — na porta do atrio, qu'en ben te mirei...» Aparece la color saludable «do viño do Riveiro» hinchando las botas en día de holgorio... Aparece el alarido de los «aturuxos» como una cadeneta de eufonías paralelas al horizonte...

—Poeta: es tarde. Retirémonos á descansar. Cuida tu laurel sagrado. Duerme. Mañana has de preparar tu conferencia del Club Español. Descansa. «En el reposo se renueva el alma, y el alma es un reposo», dijo otro poeta como tú. Mira: el sol asoma ya por Oriente. Vámonos. Duerme, poeta.

Y como si la aurora, vestida de bacante, deseara ratificar el puesto de Xavier Bóveda entre los poetas españoles, derrama en la ciudad multitud de surtidores anaranjados, y gritan los últimos silencios el último «¡Evohé!»...

FÉLIX PAREDES



Entretimiento del poeta

FOTS. URAL

Buenos Aires, Junio 1923.

FOTOGRAFÍAS DE ANTAÑO

A PARECEN en la curiosísima y rara fotografía de esta crónica el excelentísimo Sr. D. Antonio María Felipe Luis de Orleans y su esposa la Infanta María Luisa Fernanda de Borbón, duques de Montpensier.

La figura de este hombre hubiera pasado completamente inadvertida para la Historia si en vez de dedicarse a la política hubiera continuado como hasta el año 1868, consagrado a sus obligaciones militares y a la administración de su hacienda. Pero le dió la humorada de escribir a su hermana política la Reina Doña Isabel II aconsejándole un cambio de Gobierno, y aquello fué el primer paso que le colocó en el vórtice de las pasiones que por entonces agitaban el mundo político. Desterrado a Portugal por González Bravo, tomó parte activa en la revolución de Septiembre y en el destronamiento de su cuñada, lanzando su candidatura al Trono de España, lo cual dió origen a una polémica de Prensa y a que el Infante D. Enrique María Fernando de Borbón, sobrino de Don Francisco de Asís, publicara un violento manifiesto contra el duque, que motivó un duelo de graves consecuencias.

El señor marqués de Cabriñana, en su libro titulado *Lances entre caballeros*, detalla prolijamente los antecedentes y detalles de este serio desafío; y tan serio, porque el duque de Montpensier le metió una bala en la cabeza al Infante D. Enrique, al tercer disparo.

El duque no fué rey de España por un milagro, y porque nos trajeron a Amadeo. Hizo renuncia de sus grados militares y fué desterrado a las Baleares. Volvió a la Península con motivo de su proclamación de diputado por el distrito de San Fernando, y aquel hombre todo nervio y valiente, que se había jugado la vida en el Africa francesa y la cabeza durante la revolución, murió paseando en un coche, en Sanlúcar de Barrameda, víctima de un ataque seroso.

□□□

Otro ejemplar de retrato curioso é inédito es el de Francisco II, hijo de Fernando II, no el de León, pues no llevaría charreteras en el uniforme, sino del duque de Toscana y rey de las Dos Sicilias, en 1859.



El Rey de Nápoles, de las Dos Sicilias y de Jerusalén, duque de Parma, Plasencia y Castro, D. Francisco II

Ese joven que lleva el bigote a la moderna y el pelo ídem de lienzo, fué nada menos que rey de Nápoles, de las Dos Sicilias y de Jerusalén; duque de Parma, Plasencia y Castro, y fué habido del matrimonio de Fernando II con su primera esposa, María Cristina, princesa de Saboya.

Este monarca, cuyo semblante es el de aquellos que parecen que en su vida han roto un plato, se pasó la existencia protestando contra la libertad y toda reforma, pidiendo ayuda continuamente a las Cortes europeas para combatir la política de Garibaldi.

Después se declaró enemigo de las Monarquías de Víctor Manuel II y Humberto I, lo cual le condujo a su abdicación y definitivo retiro a los Estados Pontificios, en cuyos dominios dedicóse a los trabajos de orfebrería, en los que parece ser era un consumado artífice.

□□□

Refiérese en la historia de Prim, que después de la guerra de Africa, en su regreso triunfal a la Península y su entrada en Madrid, el 10 de Mayo de 1860, que en uno de los balcones de la carrera que debían seguir las fuerzas—no especifica la calle—figuraba numeroso cortejo de damas y caballeros, entre los que se hallaba el único hijo del conde de Reus, niño aún, en brazos de un venerable anciano y vestido de militar, que, al divisar a su padre, agitó una corona de laurel entre sus manos.

Al reconocer el caudillo a su hijo, conmovióse y le hizo señas de que arrojase la corona. Hízolo así la criatura, y antes de que cayese a la calle, cien manos se disputaron el trofeo para entregarla al general, que la recibió con lágrimas en los ojos, colgándola de su brazo izquierdo, entre las aclamaciones de la multitud. Y ahí tenemos como documento gráfico de semejante pasaje de la historia del héroe de los Castillejos, la fotografía del único hijo de Prim, vestido con el uniforme de militar, que encontramos hace tiempo en una librería de viejo de la calle de la Abada, en nuestra continua peregrinación de curiosidades periodísticas...

J. BLANCO CORIS



Los duques de Montpensier: doña María Luisa Fernanda de Borbón y D. Antonio María Felipe Luis de Orleans

Amores de ensueño

(Para una melodía de Haendel)

La fiesta es hermosa. Cien focos vibrantes inundan la estancia de espléndida luz... Es fiesta en que triunfan amor y alegría, divino tesoro de la juventud.

¡Flores y mujeres!... Entre las más bellas hay una que asiste por primera vez. Es casi una niña. Sus blondos cabellos encuadran el cielo de su linda tez.

La musa de un genio, en notas sublimes, desgrana en las teclas el ritmo de un vals... Un joven apuesto se acerca a la niña, y, tendiendo el brazo, la invita a bailar.

Entre las cadencias del vals delicioso escucha la hermosa promesas de amor, que, al ser las primeras que alegran su vida, tienen un perfume de intensa emoción.

El idilio es breve... Empieza y acaba al morir temblando las notas del vals, notas que en el alma de la hermosa niña suenan a preludio de marcha nupcial.

Termina la fiesta de amor y alegría donde fué la niña por primera vez, cuando ya en el cielo sonríe la aurora que anuncia el encanto de un amanecer.

Es albor de amores, y al claro de luna, que baña su frente de pálida luz, la niña es dichosa, porque ella no sabe que sufre quien ama dolor é inquietud.

No sabe tampoco de aquellos que lloran, buscando en sus cuitas de amor ideal el hilo invisible de plácido ensueño por donde las almas transmiten su afán.

Y pasan las horas... Volarán los días sin que acaso nadie responda a este amor, y la linda rubia seguirá esperando que llegue el que inspira tan bella ilusión.

Mas si así es dichosa, mejor es que ignore si es su amor quimera ó si es realidad... ¿A qué despertarla de su hermoso sueño? ¡Dejadla que espere!... ¡Vivir es soñar!

A. CHÁPULI NAVARRO



El único hijo del conde de Reus y heroico caudillo general Prim

EL SÍMBOLO DEL CHALET

A PENAS abandona uno el cogollo de las ciudades, ¿qué es lo que encontramos? El chalet, la villa, el palacete. Pero, sobre todo, desde hace algunos años, el chalet es la cosa más extendida y progresiva de nuestra civilización. De tal modo, que con el mismo motivo que se habla de una civilización del aeroplano ó de una civilización democrática, podríamos decir que vivimos en la verdadera civilización del chalet.

Chalets á plazos, chalets de cemento y cascote, chalets para tenderos enriquecidos, el chalet, si bien se mira, es el símbolo más claro y palpable de nuestra cultura. Si antes se construían castillos y palacios para las familias prósperas, piedra sobre piedra, lentamente y con la idea de permanecer á través de los siglos, hoy se construyen chalets para cualquiera, con argamasa y pedruscos mal trabados, con un exterior brillante y una resistencia capaz á lo sumo para resistir al peso de una generación. Civilización presentista, nuestras obras duran lo que nuestras intenciones, lo que nuestros planes y nuestros pobres egoísmos: el espacio de una vida.

Antes se construía para la eternidad; hoy construimos para el presente. Nuestras casas de cascote, repintadas como un mueble de baratillo, expresan mejor que nada el sentido modesto de nuestra ambición de vida. Edificios precarios que mañana mismo se han de descascarillar, y que nuestros hijos tendrán que derribar por viejos é inservibles. No importa. El espíritu presentista de nuestra edad no tiene en cuenta al mañana. Se vive para el presente. Después de uno, todo ha terminado.

Mientras los chalets cubren la tierra, los viejos castillos se desmoronan abandonados, heridos por la injuria de los elementos. De sus torres caen las almenas, se borran sus artísticos ventanales, se hunden sus techos labrados y sólo insisten en su soberbia actitud señorial algunos torreones, nidos de cigüeñas y gavilanes. Un castillo y un gran palacio son

excesivos para nuestro espíritu modesto. La idea de eternidad y de señorío de un castillo ó de un palacio pesa demasiado á los señores. Hoy se quieren las ideas transitorias que se toman y se dejan. Hoy se vive para el presente. Un chalet de cascote revestido ya es bastante para el espíritu de nuestra civilización. Una sociedad de hombres-hongos necesita ideas que surgen y desaparecen como los hongos, casas que se construyen y se destruyen como los hongos.

Observad los alrededores de Madrid, de Barcelona, de San Sebastián, de Londres, de Berlín: todos se hallan infestados de chalets. El chalet triunfa, el chalet reina. Es el régimen de la mesocracia, el triunfo y el reinado de los medianos. ¿Peor, mejor?... No lo sé. Para una

mente sinceramente constitucional y progresista, ese será sin duda el ideal perfecto. Pero consentid siquiera que uno se detenga á contemplar con melancolía los desportillados torreones de alguna construcción antigua.

Según el plan distributivo de otras edades, una ciudad se construía con arreglo á leyes jerárquicas de riguroso método. Todo el sentido espiritual de la Humanidad estaba patente en la distribución topográfica de la urbe. Las casas de los mercaderes, los escribas y los tratantes se aglomeraban sobre la gran plaza céntrica, asistidas y vigiladas, diríamos que cubiertas por la arrogante y augusta catedral; y todos los edificios, la ciudad entera, en suma, quedaba amparada por el formidable castillo señorial.

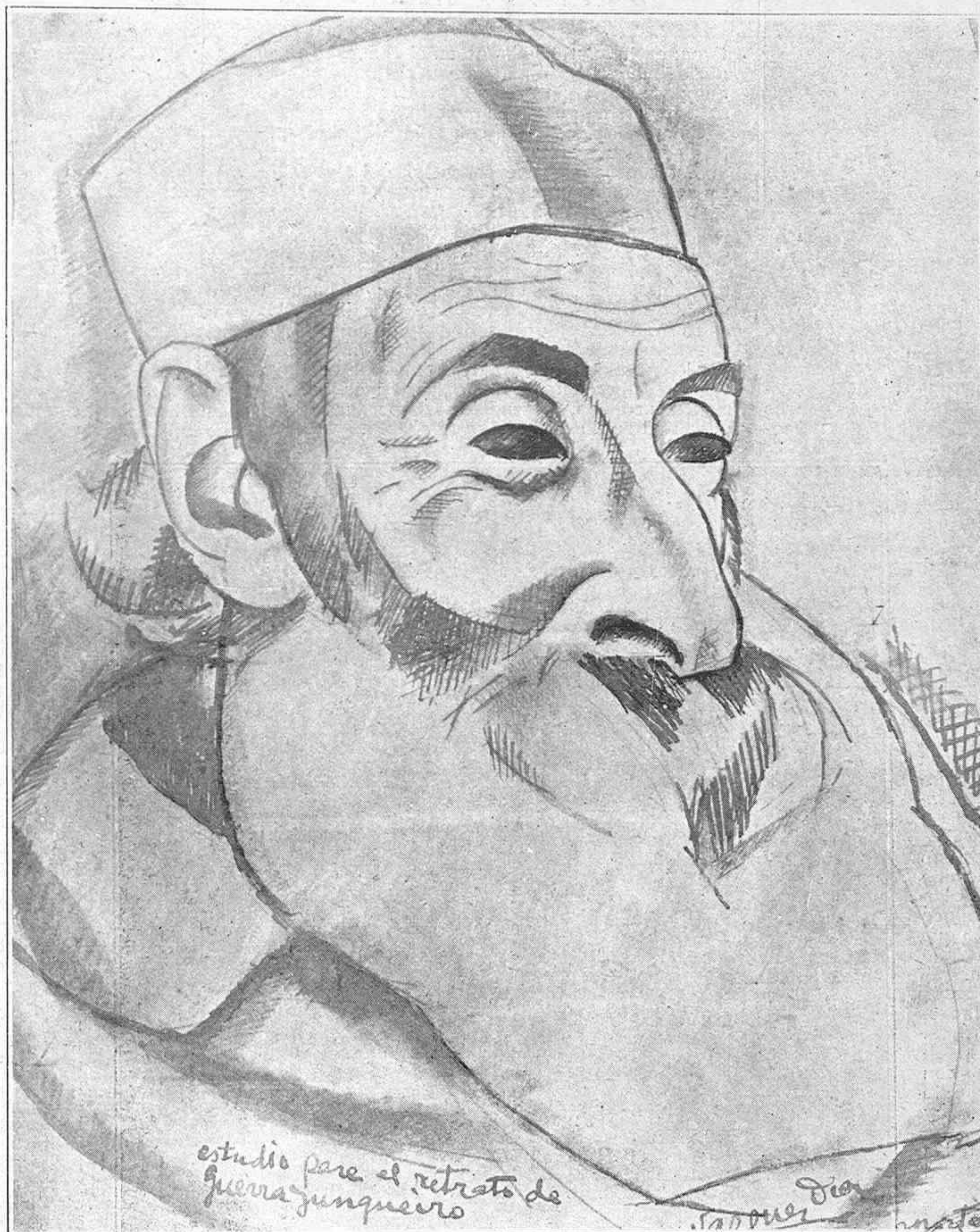
Actualmente el centro de una ciudad se halla ocupado por los Ministerios, los Baños, las oficinas, las tiendas de los mercaderes (todas las máquinas, en fin, de extraer dinero); en los suburbios se amontonan las barriadas de los pobres, y en ciertas partes de los suburbios se alinean los chalets que han construido los mercaderes, los escribas y todos los extractores de dinero. ¿Es esto mejor ó peor?... Permitted cuando menos que uno confiese su falta de entusiasmo.

Preferible sería poder contemplar las aldeas transformadas, los barrios de los pobres embellecidos. Que la casa del labrador fuese limpia y graciosa; que los campos se llenasen de quintas blancas y amenas, y que las viviendas de los artesanos respirasen agrado y contento.

Y que en esa transformación de abajo para arriba, los chalets aburguesados se agrandasen, se magnificasen, tomasen vuelo y un ímpetu de ambición señorial. Que toda esa mediocridad de burgués pequeño y orondo que simboliza el chalet actual, aspirase fervorosamente al gran palacio, que es decir la gran vida, los grandes alienatos, las ideas grandes y resistentes que aspiran á lo mejor y á lo eterno.

Joé M. SALAVERÍA

MUERTE DE UN GRAN POETA PORTUGUÉS

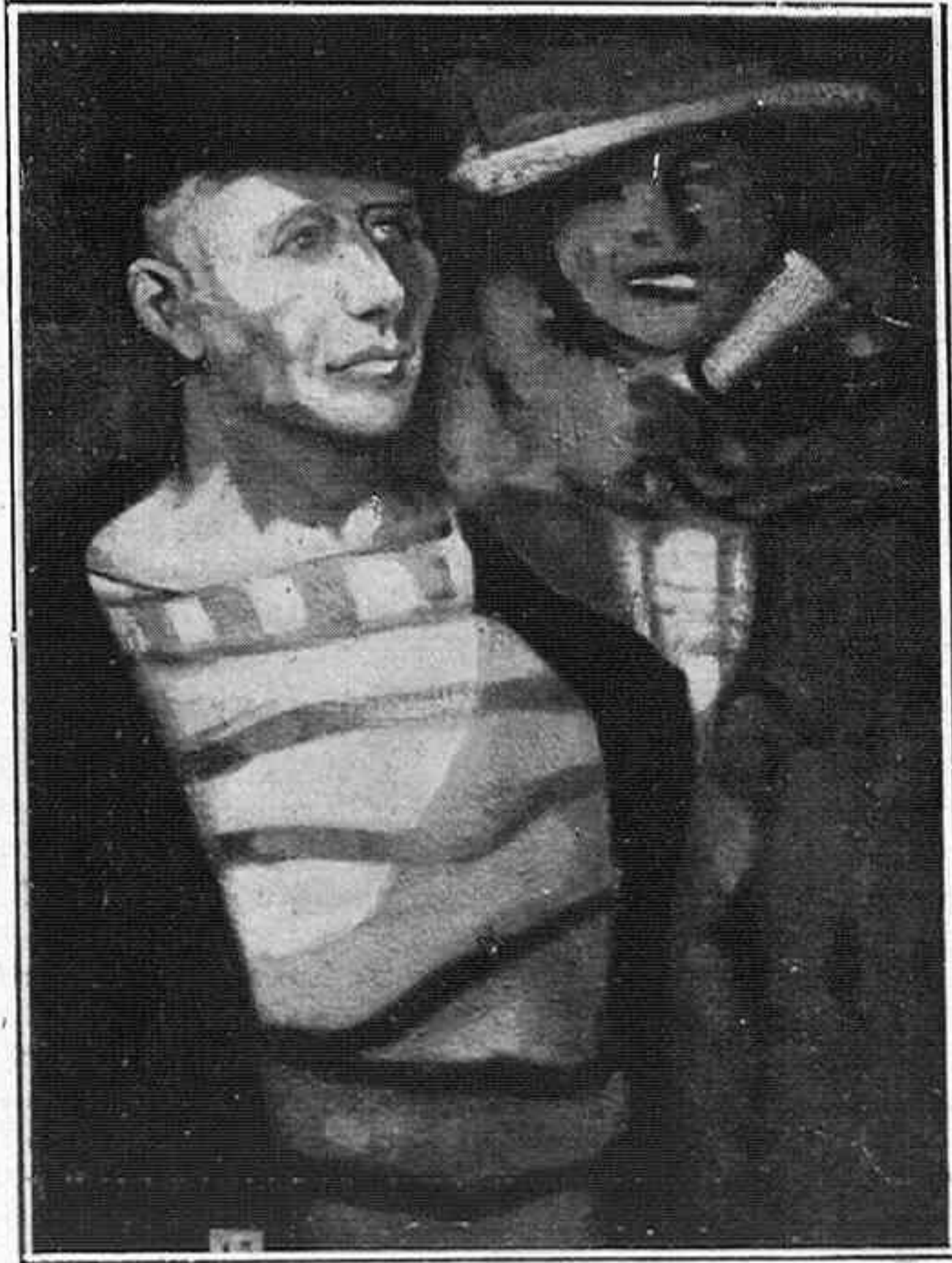


GUERRA JUNQUEIRO

A los setenta y tres años, se ha extinguido—como una pira gigantesca de arte y de poesía consumida en sí misma por su ardor vivo de perenne juventud—el patriarca de la literatura portuguesa Abilio Guerra Junqueiro. De aquella gloriosa generación intelectual, llamada de Coimbra—de la que salieron para la universal admiración Eça de Queiroz, Antero de Quental y Braga—, Guerra Junqueiro era el apóstol. Poeta social y político, revolucionario henchido de nobleza y de civismo, gran patriota y gran artista, Guerra Junqueiro fué el vate moderno de Portugal. Desde "La muerte de Don Juan" á "Oraciones", libro que inauguró un nuevo cielo estético en su patria, Junqueiro fué un caso prodigioso de constante y afortunada renovación. En toda su obra, desde "Bautismo de amor" á "Patria" y "Los simples", resplandece un estilo de gran sencillez, de claridad magnífica, que le hizo ser siempre el más popular y asequible de los poetas de su patria. La muerte de Guerra Junqueiro es una pérdida irreparable para Portugal y para todo el arte, y á la consternación producida en la vecina República se suma el duelo de España, á quien tanto amaba el glorioso vate portugués. Dias antes de su muerte, le visitó Daniel Vázquez Diaz, y de este gran pintor nuestro es el apunte que ilustra estas líneas, magistral boceto de un futuro retrato del apóstol de la poesía portuguesa.



EN EL MUSEO DE ARTE MODERNO
GUSTAVO DE MAEZTU Y SU INQUIETUD ARDIENTE



«Figuras de circo»

EN el Salón de Exposiciones del Museo de Arte Moderno exhibe Gustavo de Maeztu un conjunto de sus obras. Son veintidós óleos y veintisiete dibujos.

Hacia tiempo, varios años, que Madrid no establecía contacto visual directo con los cuadros de este artista. Llegaban, sí, ecos de sus Exposiciones en Londres, París, Bilbao y Barcelona. Revistas inglesas, Revistas francesas — responsables y definidoras — reproducían obras del pintor vasco. Más recientemente la Editorial «Color» publicaba un magnífico libro consagrado á Gustavo de Maeztu, del que hemos escrito aquí mismo el merecido elogio á la suntuosidad editorial y profusa riqueza de ilustraciones.

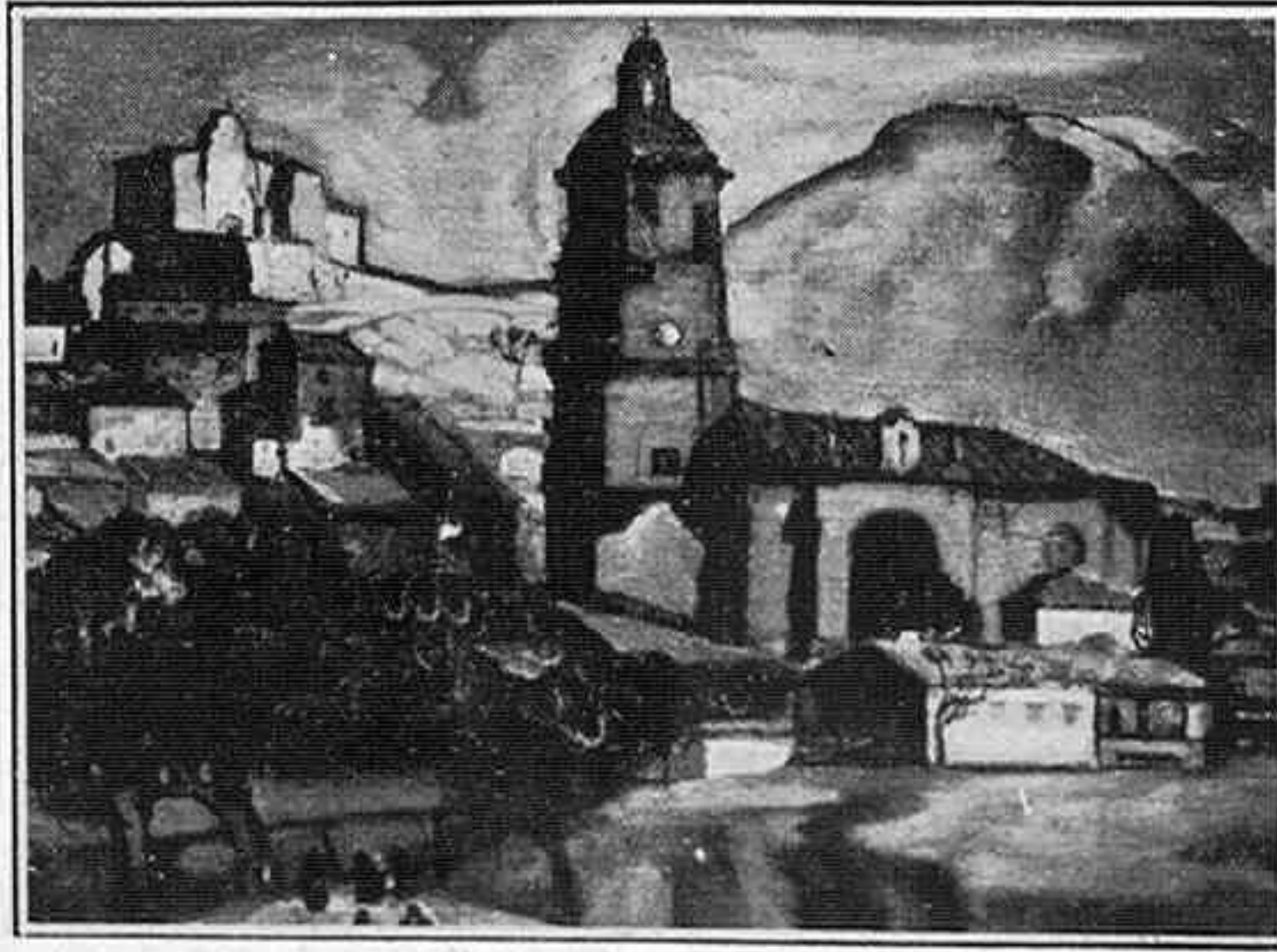
Bien oportuna, pues, la Exposición actual. Madrid puede y debe contemplar la obra de Maeztu para contrastar su juicio con el de otros centros de intensa vida artística indudablemente favorables al ilustre autor de *Mujeres del mar*.

Gustavo de Maeztu no es uno de esos pintores acomodaticios y satisfechos con sus primeros hallazgos factuales. No es tampoco el sometido á la clasificación que de su arte se haga, por muy laudatoria y afirmativa que sea.

Todo lo contrario. Ni le sacia el empleo único de sus facultades, ni teme desconcertar á la crítica. Busca siempre expresiones inéditas, rutas nuevas; construye con un concepto adverso al que le sirviera para formar anteriores y aún inconclusas creaciones.

Esto le hace simpático á las miradas ajenas, como su personal atractivo de hombre, un poco desorbitado, un poco al margen de los gregarismos cotidianos, le hace simpático al trato y al afecto.

Esta Exposición, como ninguna otra de las suyas, fija esa cualidad laudable de la disconformidad, de la insumisión á él propio y á los demás. Tiene el noble impudor de mostrarse en uno de sus frecuentes momentos dubita-



«Anochecer en Labastida»

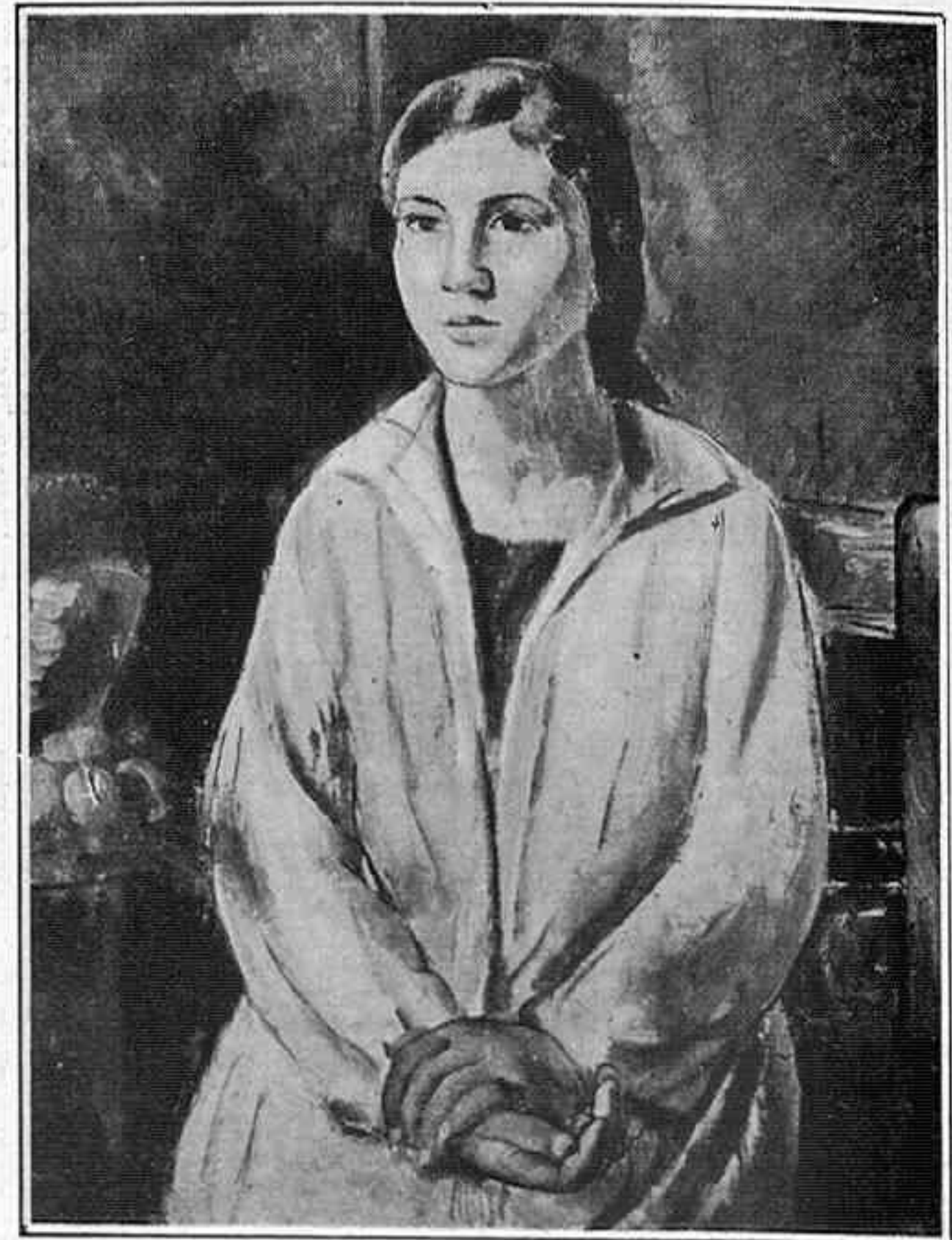
tivos; en la encrucijada, no en el sendero; en un período de transición, no en uno de los remansos que para otros pintores significaría el definitivo saboreo de la gloria bien ganada.

Únicamente teniendo, con la inquietud ardiente, la fe insocavable, se puede salir sin peligro de estas pruebas generosas donde el autoanálisis se desnuda sin miedo á ser incomprendido.

Gustavo de Maeztu no instala su Exposición como esos legítimos cultivadores de su reputación ya encasillada ó que aspira á serlo.

No. Diríase que abre su taller para que entre todo el mundo, sin cuidarse de volver hacia la pared ningún lienzo ni enrollar ningún dibujo. Es el eterno confidente de su alma y de su arte.

Y así debe acogersele. Convencidos, además, por lo que á nosotros se refiere, de que Gustavo de Maeztu es uno de los artistas más valiosamente europeos, más ungidos de perdurabilidad universal que hoy día tiene España.



«Flora»

Entre *La maja que sonríe* y *El amigo*, Maeztu revela su trayectoria espiritual y técnica. Desde la pasta angladesca de sus cuadros de hace diez años y las armonías en lacas áureas y argénteas de ahora, vemos cómo esa poderosa vitalidad estética, cómo esa inquietud ardiente del pintor, se lanzan á conquistas cada día diferentes, sin concederse demasiado á los escasos errores.

Incluso lienzos de una misma época se separan con un brío indómito de opuestos credos. Tal vez dos cuadros que fueron pintados en alternativas sesiones se contradicen con su doble acento peculiar. Todo esto, lejos de dañar al conjunto, lo avalora, lo realza, le da una superación cualitativa que no logran los temperamentos ponderados y ecuánimes.

Claro es que subsisten los elementos básicos, las características virtuales del artista. Siempre la maciza y arquitectural agrupación de volúmenes, el vigor constructivo y, sobre todo, la pasión sensual por el color.

Gustavo de Maeztu siempre ve «en grande» y con energía esplendorosa. Da la sensación de un hombre hechizado de monumentalidad para la forma, de deslumbramiento para los tonos. Y dentro de ese hechizamiento inventarse la tortura cogitativa de un autoanálisis innecesario, pero que responde á su otra cualidad definida en libros escritos de índole novelesca: la desbordada imaginación.

Como sus cuadros, las obras literarias de Gustavo de Maeztu están libres de medida y de límites. Rebosan la jugosidad íntima y se agitan en un dionisiaco fervor, donde hay, más que nada, vitalidad fecunda del pensamiento, y en seguida la exuberancia descriptiva que corresponde á la exuberancia cromática de su otro aspecto creador. ¡Admirable dualismo que le consiente á Gustavo de Maeztu quitar toda idea de banalidad, de realismo intranscendente o de la extravagancia sin eje, tan fácilmente peligrosa para los otros sectores de la pintura española!



«Retrato de Mrs. Brooke»

Gracias al derivativo literario, el arte de Gustavo de Maeztu se nos aparece sin la ganga que le pudiera amortiguar su rutilancia, y además no se obstina en tópicos de españolismo lúgubre. Porque Gustavo de Maeztu ha ido contemplando a España como un garzón que acudiera a la primera cita. Todo empapado de luz, de optimismo y de orgullo viril.

Así, los primeros cuadros de Gustavo de Maeztu se exaltan majestuosos con un ingente candor y una fiera radiante que diríase cachorral. Eran juegos de un cachorro fulvo, de un león ó de un tigre que se embriagaba con su fuerza y con la luz de los cielos y con el espectáculo de la Naturaleza, enorme para sus pupilas absorbentes. Sus obras primeras son zarpazos. evohés, saltos. El color y la forma dicen el regocijo de una impaciencia feroz.

Luego el mancebo que quiere lograr el secreto venusino más allá de como la mujer puede otorgarle. Detrás de la tiasa rugiente, ondulante, que expande su áspero aroma de felinidad, el semi-dios adolescente que quisiera abarcar, no un torso femenino parejo del suyo, sino monolíticos bloques de feminidad iluminada por todas las fulgencias maravillosas de la vida y del ensueño.

De aquel período trae—y hace bien en traerlo— Maeztu una muestra elocuente con *La maja que sonríe*. Está concebida y expresada en la juvenilia fértil y el ímpetu de un retador de nubes y de cumbres fecundadas luminosamente por el sol.

La maja que sonríe tiene ese sabor denso, fresco y un poco enervante, ese aroma genesiaco, sin decadencias ultracivilizadas, ni pesimistas melancolías, que sus coetáneas *La de los ojos garzos*, *La sibila del amor*, *Las sembradoras* y *La novia de Vozmediano*, que habían de culminar en aquella *Eva* todopoderosa y todopeligrosa donde Maeztu quiso excederse voluntariamente en un apoteósico alarde de sus facultades.

Vista ahora *La maja que sonríe* junto a las tentativas decorativas de chinerías realistas, con encendidos reflejos de purpurina y de laca, ó más cerca de las finas transparencias de algunos cuadros londinenses y ciertos paisajes vascos al anochecido, no se deja vencer, ni tiene ese triste aspecto de esfuerzo «pasado de moda» que sugieren en la obra total de otros pintores sus cuadros pretéritos.

Consecutivas *Flora* y *Pasión*, ya mezclan de diferente modo la materia pictórica y el propósito ideológico. El artista tal vez sabe más de «su oficio»; sabe obtener un partido más asequible a normas clásicas de sus dotes iniciales. En el arte como en el amor, esta evolución es lógica y no siempre substituye a la jocunda y pródiga exaltación de las primitivas revelaciones.

Si no en la totalidad, ambos cuadros tienen



«Figuras de Castilla»

fragmentos admirabilísimos. Trozos de riqueza suntuosa, sonoridades cromáticas acentuadas vigorosamente y finezas tonales que más tarde la atmósfera de Londres va a hacer más delicadas aún en la retina y en la paleta del pintor.

Britania da modulaciones sutiles a este vasco, cuyos ojos se abrieron a la claridad dilatada de los campos alaveses y de las cumbres blanquirrosadas (de las cuales hay como una reminiscencia monumental y radiante en toda su obra).

«Whistler ha pasado por aquí», pensamos frente a ciertos cuadros del período londinense. Más que Whistler mismo, el incomparable, el único, los principios atmosféricos que se mezclaron a su sensibilidad.

Pero antes veamos los paisajes. Ya que antes advienen en la evolución, en la inquietud ardiente de Gustavo.

Los paisajes son pintados al tiempo que se dibujan los campesinos de Castilla ó de Vasconia. Algún recuerdo lineal tiene esta Exposición de aquellos dibujos; pero—debe decirse—no muy elocuente.

Maeztu dibujaba mozos y mozas de tierras sorianas, segovianas, con una severidad y un rigor extraordinarios. Levemente coloreados los bustos, hacían más de bronce las testas. Y ellos y ellas aparecían cual modelos raciales de la pureza de los antepasados ibéricos y celtibéricos.

Un idéntico criterio de resucitador de razas le hacía el resucitador de pueblos. El paisaje para Maeztu significa la misma fuerza arquitectural de las formas humanas, agrupadas ó solitarias. Y un poder narrativo—como pudieran narrar las estrofas de un himno—convinciente, profundamente emocional. No son los «estados de alma» del tópic externo ó de la sinceridad íntima. Son las voces de la tierra y del pasado con su acentuación exacta y á veces unidas en un dúo apasionadamente musical.

Verdaderos modelos de este género, hay en la Exposición tres paisajes: *Luna en Castrojeriz*, *Anochecer en Labastida*, *Rincón de Oñate*.

Luna en Castrojeriz, sobre todo, que se adentra en nuestro espíritu para llegar á ser en él, mucho tiempo después, como un episodio propio, como una hora inefable que vivimos en la inconsciente ansia de inmortalidad con que ciertas emociones se cuajan en nuestra existencia.

La mayor cantidad de cuadros de Maeztu expuestos en el Museo de Arte Moderno pertenecen á la estada de Londres: mujeres elegantes, aristocratismos de club, chinos en el *strand*, borrachos de tuguric y tipos de circo.

También acaso en una nostalgia de la tierra lejana creemos adivinar que *Figuras de Castilla* y *Un alto en Sierra Morena* están pintados sin abandonar del todo la sugestión presente, con la saudade de otras gamas y de otros espectáculos de ayer.

De las figuras de chinos, *Los dos amigos en el strand* alcanza su expresión feliz, su cabal propósito. Y en el fondo, una de las más bellas fortunas cromáticas que este pintor, tan atesorado y tan dilapidador de sus tesoros, supo conseguir.

Si no existiera ese portentoso lienzo *Figuras de circo*, con sus mates opulentos, con su fusión mirífica de ritmos, con su amplia é intensa espiritualidad, yo diría que lo mejor de la serie de anécdotas y tipos londinenses eran las escenas tabernarias.

Pero *Figuras de circo* es algo considerable en la obra de Gustavo de Maeztu. Pocas veces la moderna pintura española llega á esa sobriedad sabia y sencilla de su sabiduría. En ella el artista que es Gustavo de Maeztu se somete al pintor para, sin literaturas, sin deslumbramiento, sin el menor prejuicio, hacer una obra maestra.

No estaría ahí *Figuras de circo*, y entonces *Amor de taberna*, *Pierrot en la taberna*, reclamarían justamente esa primacía que tiene el cuadro de los dos payasos.

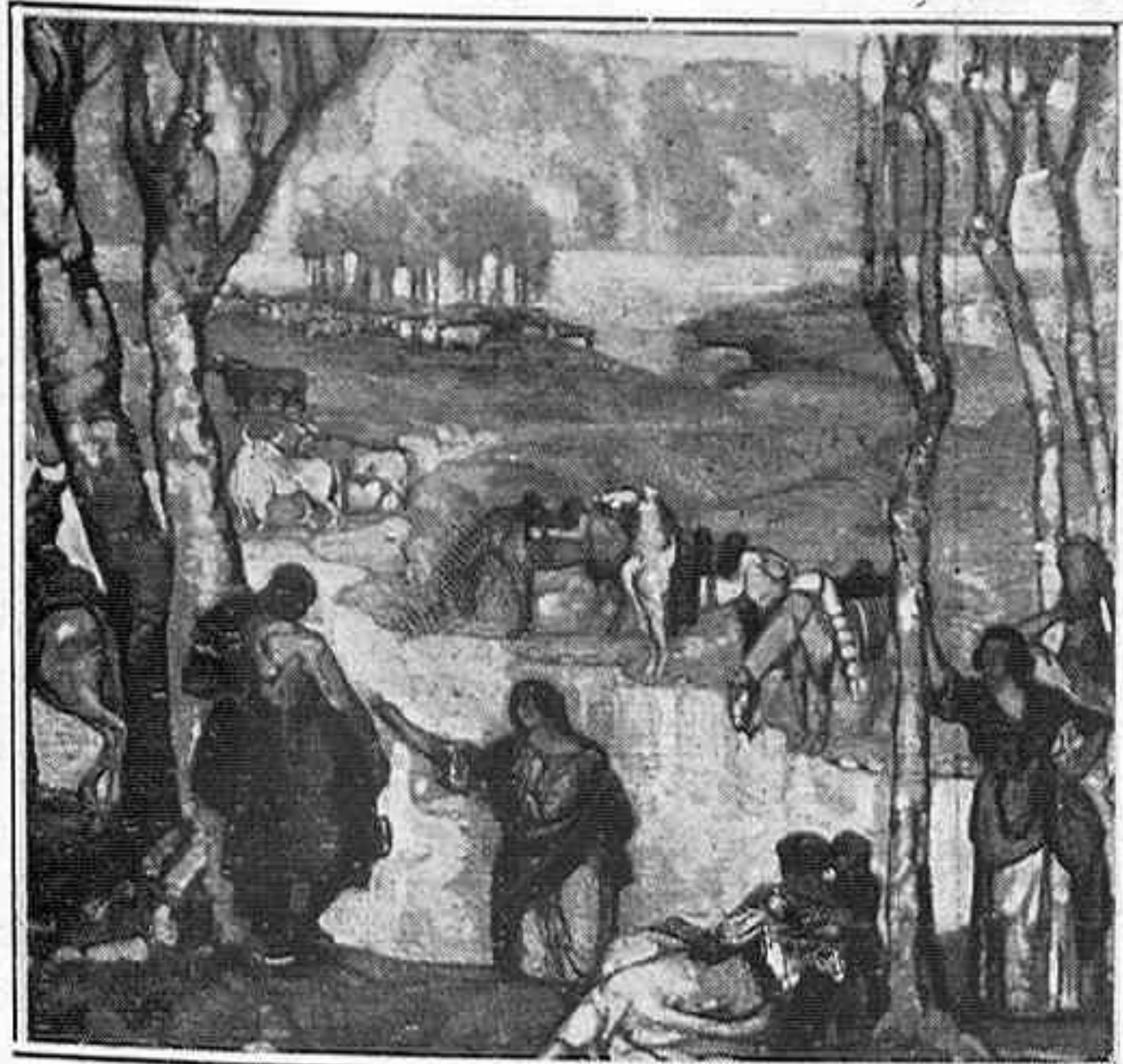
Pero, aun adviniendo á la perfección detrás de él, poseen su entrañable calidad. También aquí la seguridad de la técnica, inspirada complacencia de realizar una cosa perdurable, el hallazgo fecundo de la línea y del color. Y, sobre todo, el sentimiento, la sugestión emotiva. Son como páginas de Dickens, donde hubiera puesto su garra, temblorosa de alcohol, Edgardo Poe.

Cierto que están igualmente los otros londinensismos de buen tono *Retrato de Mrs. Brooke*, *Lily en el budoir*, *Gladys at home* y *Ciro's Club*, y en ellos las notas gratas á la mirada, deliciosamente sensuales, que nunca pueden faltar en una obra de Maeztu.

Pero nos obstinamos en estos ásperos y bárbaros instantes de bajo fondo donde el artista se mueve sin trabas de adulación ó de «domesticamiento sociable» para dar la sensación de la vida amarga con el redentor idealismo del arte.

Entre los cuadros, los dibujos se pierden, se apagan. Aunque hay algunos muy bellos y muy certeros, paralelamente á las etapas evolutivas de los óleos.

JOSÉ FRANCÉS



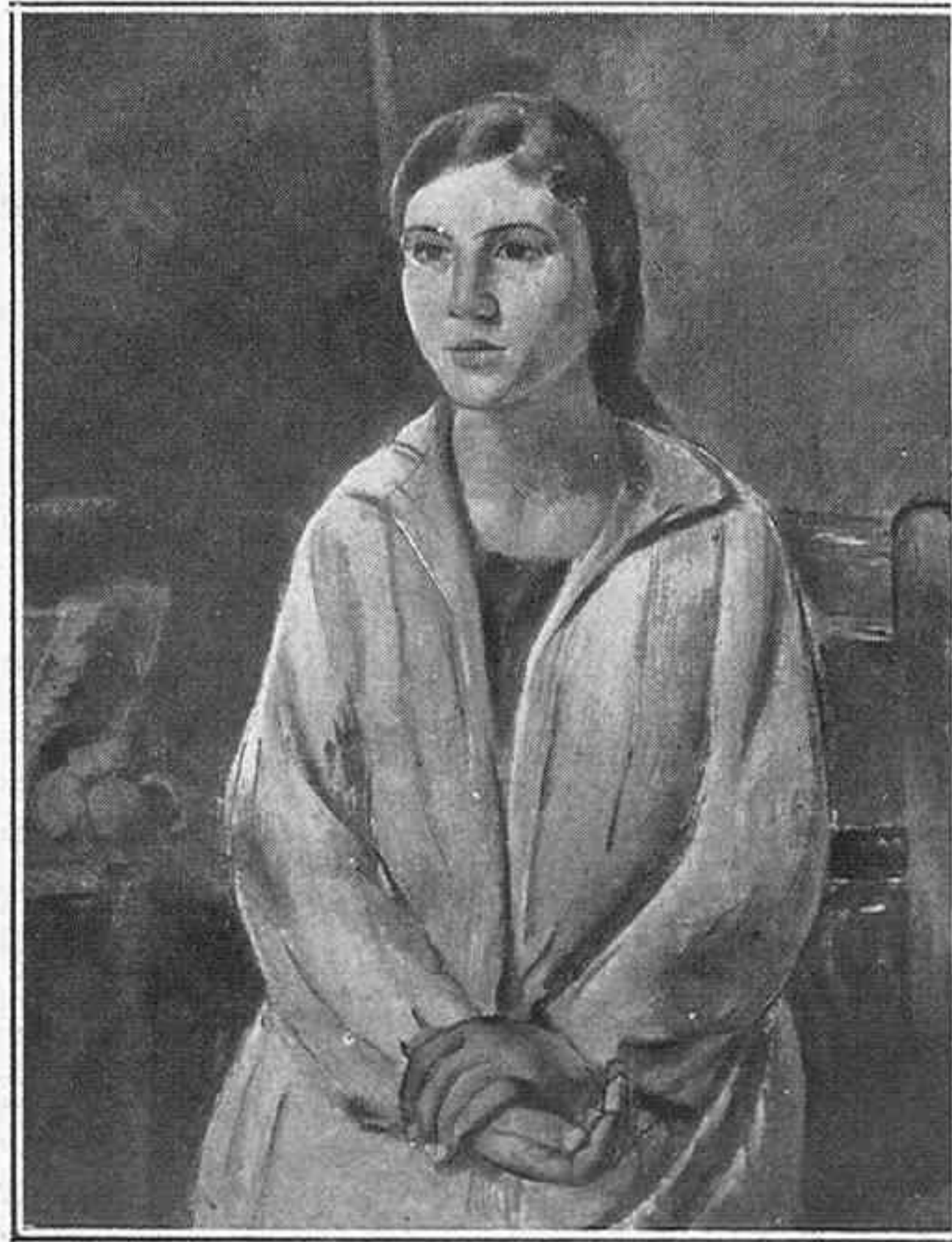
«Un alto en Sierra Morena»



«Los dos amigos en el strand» FOTS. CORTÉS

LA VIDA ARTÍSTICA EN BARCELONA

EXPOSICIÓN DE PRIMAVERA



«Chica sentada», cuadro de J. Sunyer

SALAS ESPECIALES

EN honor de Ricardo Urgell y de Joaquín Sunyer hanse dispuesto unos departamentos para exponer obras de estos artistas, á quienes el Municipio—por mediación del Comité de las Exposiciones oficiales de Arte—recompensa con un premio en metálico, consistente en la suma de doce mil pesetas á cada pintor.

Tal distinción y recompensa obedece al prurito de consagrarlos en méritos, no sólo á los cuadros que actualmente presentan, si que con miras á la labor total por ellos ofrecida desde que consiguieron llamar la atención hasta la fecha.

Urgell y Sunyer: hete aquí dos polos, antítesis uno del otro; el primero es impresionista, pintor de escenas de interiores públicos, íntimos algunos, é intérprete de escenas de calle, humanistas.

¿A Sunyer se le puede clasificar de realista? Para contestar categóricamente menester es estudiar varios aspectos de su obra general.

ooo

Uno de los artistas catalanes que posee firmísimo temperamento es Ricardo Urgell, triunfante hoy por haber llegado á la plenitud de su arte dominador, emotivo y justo.

Produce con parquedad y equilibrio, arremetiendo con noble brío diversidad de problemas, aunque de antemano sabe con lo que se va á encontrar, lo que resulta para él tarea relativamente fácil, porque está sujeto á una formidable técnica.

En mi concepto, con Mir, Raurich, Meifren y Anglada, está en los primeros puestos respecto al arte que se produce en Cataluña; es Urgell pintor moderno, pero sin atisbos de exageraciones, que á nada conducen. Sus cuadros tienen admirable precisión en la relación de valores, tanto si se trata de interpretaciones al aire libre, como si se dedica á interiores.

Así es siempre, preciso, sea el que sea el tono dominante.

Nos maravilla por la soberbia coloración, tan rica y armónica, agradable y sensata, lo que hace que su paleta continuamente sea pródiga con toda prodigalidad en hermosos matices.

Bajo este prisma, Ricardo Urgell es sobrio, al estilo de los artistas clásicos.

Del famoso paisajista Modesto Urgell—su padre—algo heredó artísticamente, puesto que, en ocasiones, al poner el color quedan homogéneos ambos, particularmente en las tonalidades grisáceas.

Y en cuanto á impresión repentista, ha remedado la manera de Rosales. El boceto *Final de acto* es un trozo de pintura digno de cualquier museo.

Tres características especiales integra el arte de Ricardo Urgell: emoción, belleza y clarividencia. Tales dotes quedan transmitidos á quienes con atención contemplan sus cuadros.

En la última Exposición Nacional efectuada en la Corte pudo comprobarse tácitamente lo que antecede, con motivo de haber expuesto Urgell su lienzo *Circo ecuestre*, que es una obra definitiva por sus brillantes cualidades henchidas de personalismo constructivo.

Cuando nuestro ejemplar artista se propone pintar un interior de teatro ó de *music-hall*, viene á ser un atrevido usurpador de aquellos ambientes, porque en el corazón de los locales destinados al regocijo populachero no es posible ir con los trebejos y poner mano á la obra. Primeramente, hay que proveerse de memoria retentiva, unida á una observación penetrante.

Allí no cabe colocar á placer las figuras, ni tampoco es dable retener las escenas. El bíblico Josué pudo detener el sol en su carrera, mientras que al pintor la Humanidad le hace caso omiso en tales circunstancias.

Con gran seguridad de mano, Ricardo Urgell traza fondos lealmente vistos, donde luce la irrisación eléctrica proyectada entre telas, ropajes y otros detalles; en segundo término, vislúbrase la multitud, y donde el autor se sitúa, entre semipenumbras, se dibujan figuras de espectadores...

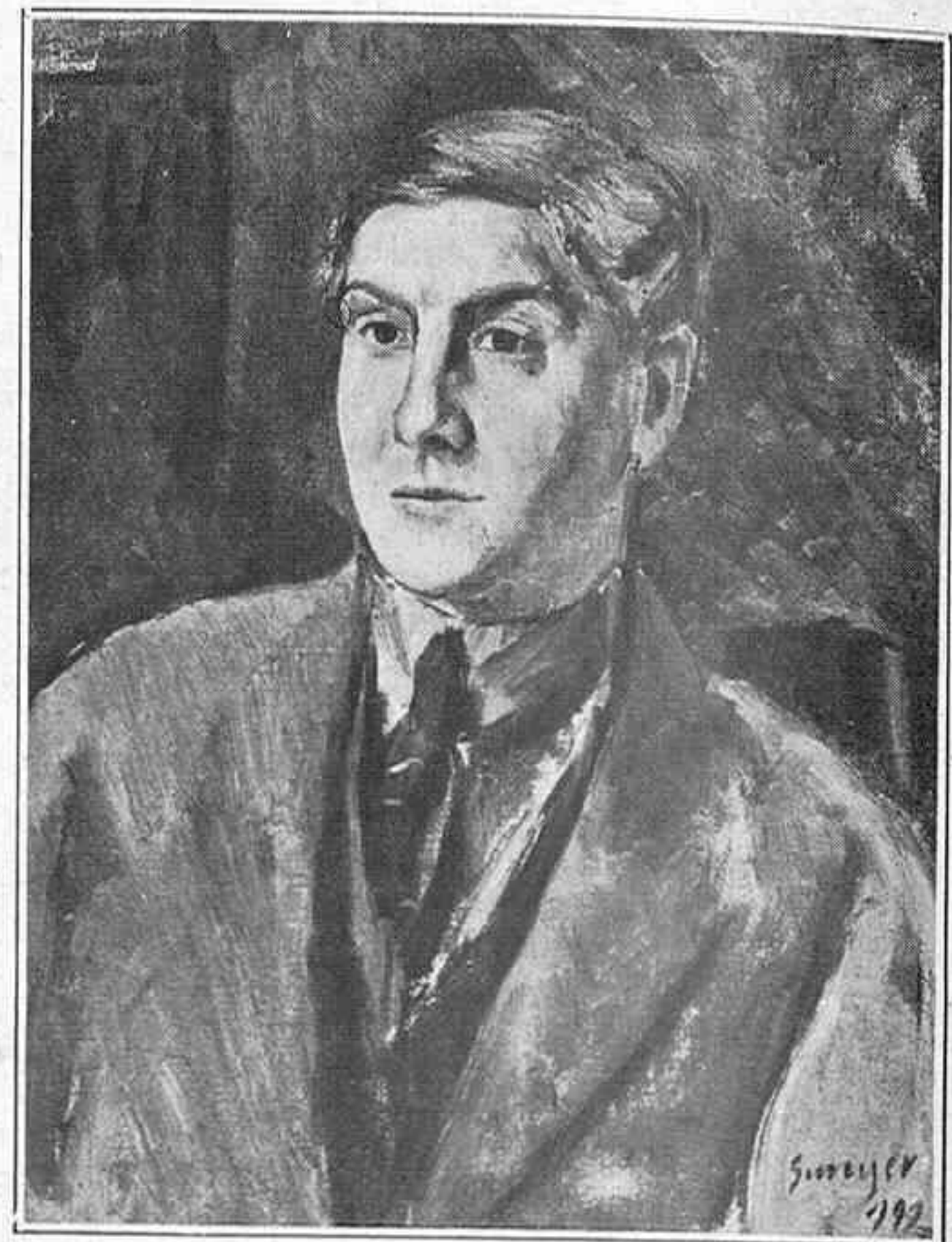
El total es un cúmulo de contrastes escabrosos; entre el término donde aparecen los faranduleros y donde termina el cuadro, el valor del color pasa por tamicés sólo posibles de ajustarlos un maestro.

También en su Sala figuran asuntos copiados al aire libre: *Día gris*, *Paisaje*, *El puerto*, *Pueblo de la montaña*, *La Rambla de noche*, *El molino* y otros que son alardes de tecnicismo.

Magníficos en verdad son *Sinfonía blanca* y *Mi padre*, donde los blancos aparecen en infinidad de matices.

Otro cuadro magistral es *Día de Difuntos*, interior de vasta iglesia tocada con colgaduras negras.

No es posible analizar obra por obra lo expuesto por Urgell, y baste manifestar que los veintitrés cuadros que integran la Sala especial son creaciones de altura; aquí y donde quiera que se expongan ganarán galardones.



«Retrato», cuadro de J. Sunyer

La otra Sala especial, dedicada á Joaquín Sunyer, está dividida en dos compartimientos, ostentando cincuenta cuadros y cinco grabados.

Se ha querido consagrar á un pintor; la finalidad es buena cuando sirve no tan sólo para ensalzar á determinado artista.

Esas demostraciones de distinción honran en gran manera á los pueblos cultos que quieren tener una nota artística propia, un escudo para luchar contra cualquier tendencia que nazca en suelo nacional ó extranjero.

La fórmula de que se sirve Sunyer es ya algo añeja, mirada como evolucionista.

Al respecto, fueron maestros el neoimpresionista Gariguin y el colorista decorador Cézanne; antes la *revolución* impresionista había sido capitaneada por Renoir, Renard, Degás...

Debemos convencernos ante la evidencia de que Joaquín Sunyer se esforzó en darnos una pintura extranjerizada, teorías puestas á la práctica con grandísima voluntad, huera de personalismo.

El empuje de un ideal debe manifestarse en la práctica, pero la idealidad fenecé si los hechos son producto de asimilación.

En estas páginas se reproduce un retrato de joven caballero, apuntado por Sunyer con notoria facilidad, y tiene este cuadro atractivo que, á buen seguro, habríase aumentado de haberlo presentado enteramente resuelto.

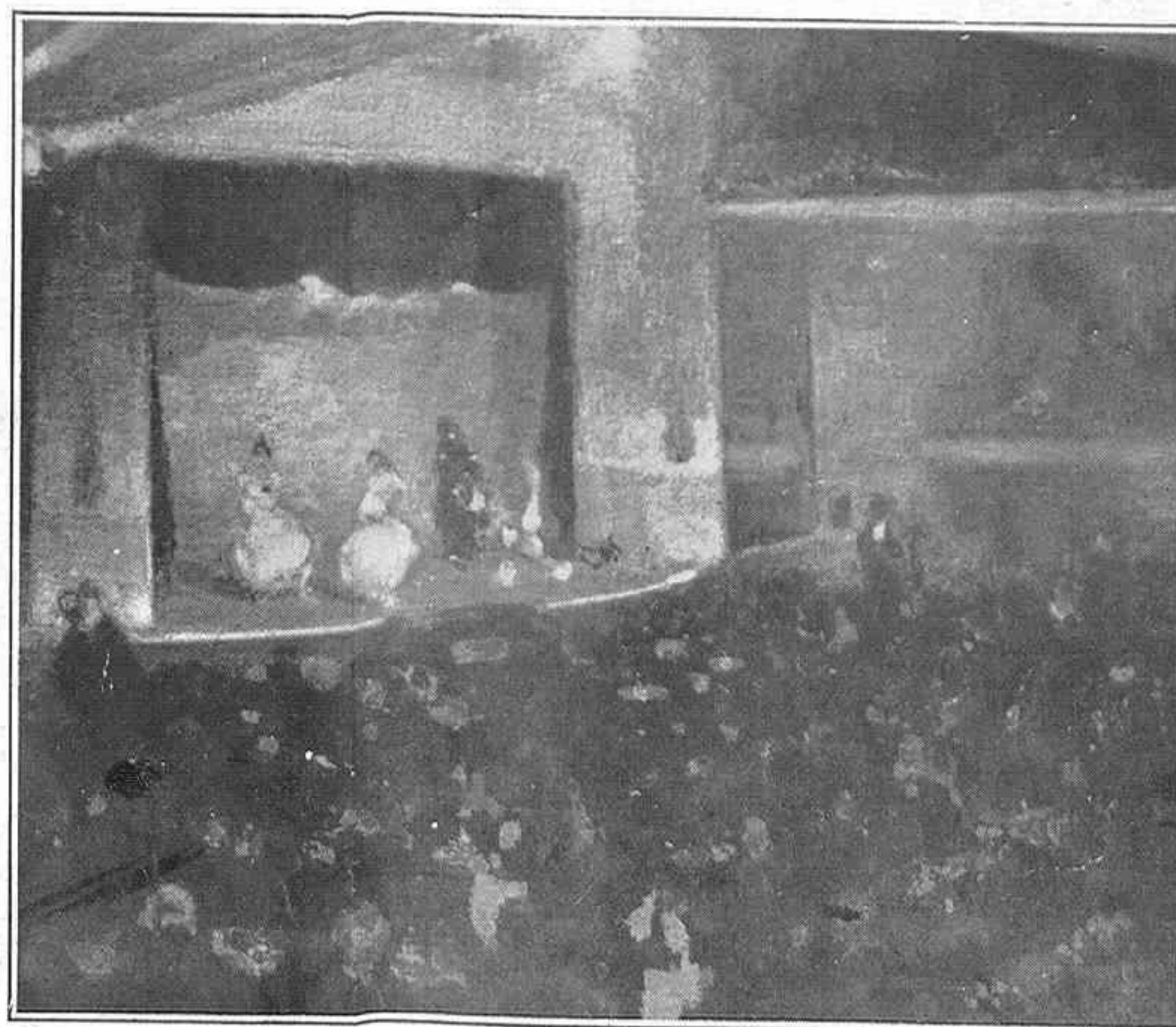
Lástima que por ajenas influencias se quiera dejar inconcluída una obra de arte. Entre la escrupulosidad ñoña y las desenvolturas existe, para quien domina su arte, un término apropiado para nosotros los meridionales, que gozamos de luz y de color.

Nuestros modelos se bañan en luminosidades y corre por sus venas savia vital.

Querer poner otras singularidades fisiológicas á la mayoría de figuras es empeñarse en desterrar y mistificar, negar y empequeñecer las bellas particularidades de nuestro arte indígena, que tanto debe engrandecer á la región.

Un francés eminente, Concourt, escribió estas palabras lapidarias: «Artistas son los artesanos del ideal, los obreros de la imaginación y de la invención, los engendradores de libros, de cuadros, de estatuas...»

JOAQUÍN CIERVO



«Eden Concert», cuadro de Ricardo Urgell

LA MODA FEMENINA

(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)

Paris, Junio de 1923.

ME explico que los hombres acusen á la mujer del grave defecto de complicar la vida. Claro que no son totalmente justos en hacer caer sobre ella todo el peso de su rigor, ya que si bien es verdad que *nosotras* dificultamos en fuerza de refinamientos el vivir, no lo es menos que ellos, «los fuertes», gustan aprovecharse de esos refinamientos. ¿Qué son al fin y á la postre éstos más que fruto del eterno deseo «de gustar al hombre y cada vez más»?



Vestido de vuela de seda blanca con bordado de perlas y un gran bouquet en la cintura

Asombrado de mi locura filosófica estará usted, preguntándose «á qué vendrá todo esto». ¿Verdad que sí?

Pues bien, amigo mio: esto viene al tanto de que estamos en plena fiebre de preparativos de marcha. Esto significa que dentro de cuatro días salimos de París para Londres...

Nos lleva allá un loco afán de la tía Adelaida por ver á una antigua amiga suya, que, procedente de América, deberá arribar á la capital inglesa próximamente al mismo tiempo que nosotras. El culto de mi venerable parienta por la amistad sería conmovedor si no acabara como siempre hasta aquí: en una acerba crítica de la compañera entrañable, deteriorada por arte de los años durante la separación, y á la



Vestido de seda negro con cinturón en cinta rosa viejo y negro

que una vez pasada la primera explosión de cariño retrospectivo, no nos une absolutamente nada. Entonces es llegado el momento de inventar pretextos para huir de quienes hemos buscado con tanto interés.

Menos que ese porvenir, lejano aún en comparación, me preocupa el próximo. Usted no sabe, ¿cómo ha de saberlo?, lo que supone salir de París equipada para cuatro meses.

Todo el piso está convertido en depósito de trajes, sombreros, zapatos, sombrillas, ropa interior de la que no necesito dar á usted detalles, objetos de perfumería, caprichos *dernier cri*, tales como la última palabra en sedas para labores de punto, en sujetadores de medias ó en específicos de belleza y salud.

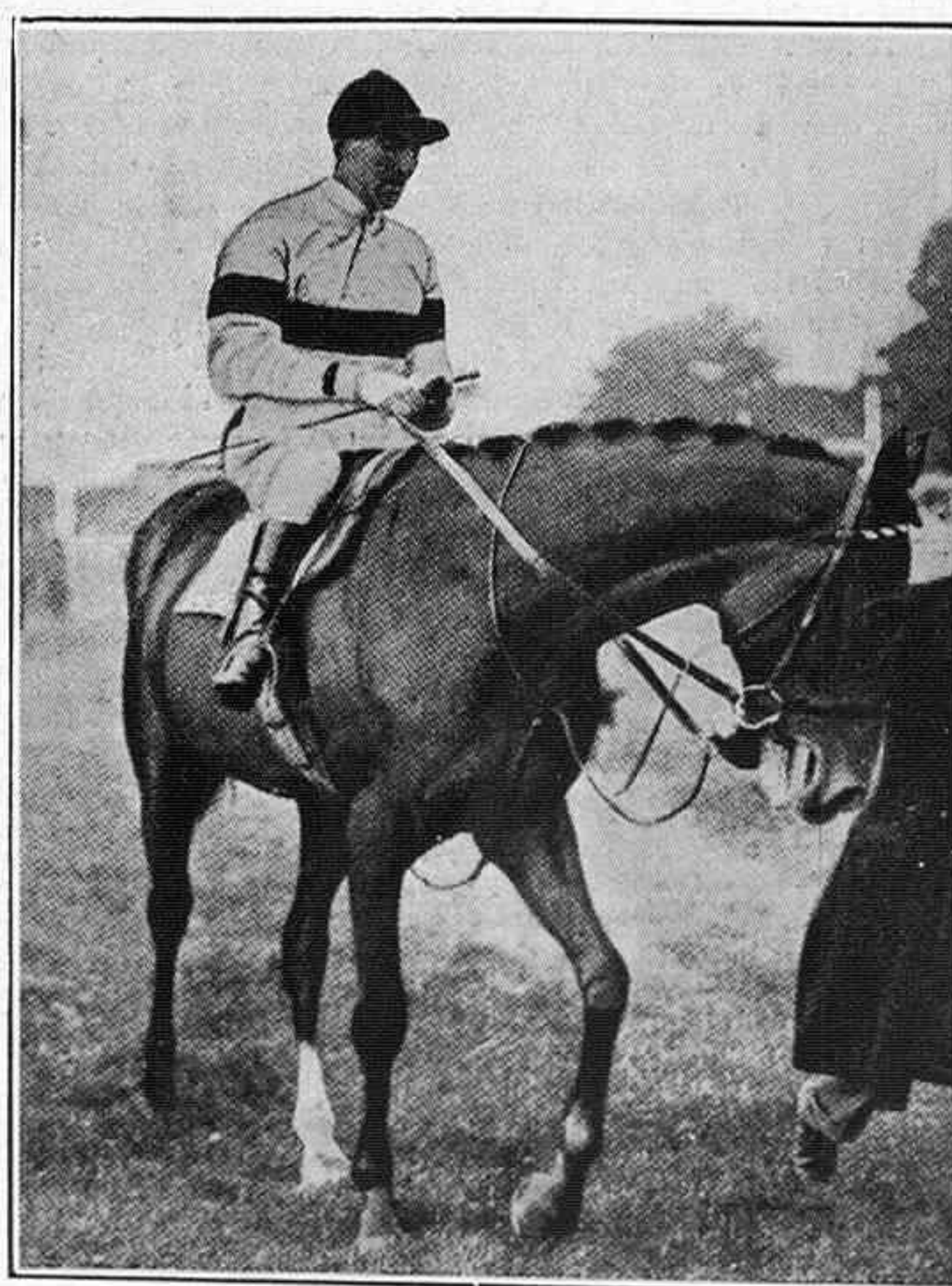
¿Tendría gracia que después de todo me quedase para vestir imágenes!... Ya me lo tiene profetizado Norah. Pero vuelvo é insisto sobre lo de siempre. ¿Acaso tengo yo la culpa de ser como soy? No estoy en estos instantes, sin embargo, para buscar soluciones á mi problema sentimental; mas me hace pensar el no saber cómo voy á arreglarme para no añadir un baúl más á los que ya tenemos. Los trajes del día no son fáciles de embalar. Los volantes, los *panneaux*, las bridas, requieren una disposición muy cuidada y casi tanto espacio como aquellas mangas de jamón que había que rellenar de papel, según cuentan, para evitar una desinflación poco estética de los trajes de antaño.

Y no es que lleve un número exagerado de vestidos; eso, sí: todos son adorables. Mi último capricho, un modelo de *marocain* color *beige*, es sencillamente una delicia: la falda, plegada, va sujeta á un corpiño largo y ceñido. Una enorme *berthe* de la misma tela, y también plegada, sirve, á la vez, de cuello y de mangas. Una capa semicorta de crespón negro, forrada de *marocain beige* y una pamelita negra con escarapela cereza completan el conjunto. Comparte este modelo mi predilección con un trajecito, de jardín ó playa, de un tejido esponjoso color grana, forma camisa, ceñido á las caderas por unos frunces, adornado de un cuello *berthe* de *organdie* blanco, cerrado en la delantera por unas cintas largas y estrechas de terciopelo negro. Tampoco este modelo tiene mangas. Diríase que los modistos han decretado la desaparición de esta parte de la *toilette*, salvo en aquellos casos en que nos entristecen la vida con la obligación de envolvernos los brazos en varios metros de gasa ó seda. Pero no puedo continuar. Mi próxima será más extensa. Escríbame, como siempre, á la Poste Restanté, y..., como siempre, riñame, censúreme, pero... piense en mí.

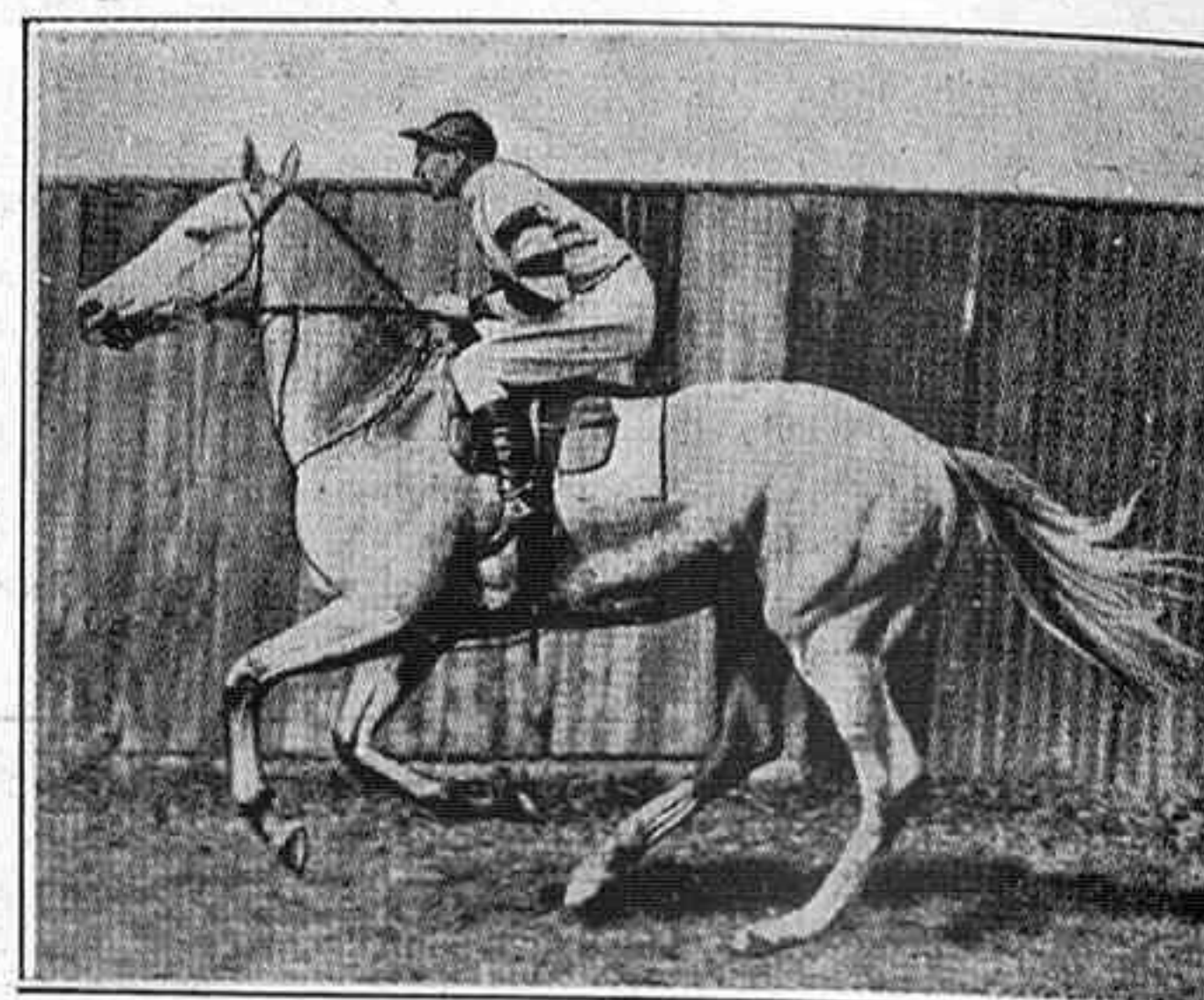
LOS CABALLOS DE RAZA



«Ellangowan», caballo de pura raza, de lord Rosebery, ganador del premio de 2.000 guineas en las carreras de Newmarket



El caballo «Town Guard», de las famosas cuadras de lord Woolavington, campeón de los caballos de dos años en las carreras de 1922



«Legality», caballo de lord Furners, que se ha distinguido por sus excepcionales condiciones en las carreras del Derby

NADA que se parezca tanto á un dormitorio de palacio como una cuadra bien puesta, con sus compartimientos separados por una especie de cabeceras de cama con su bolinche en el extremo.

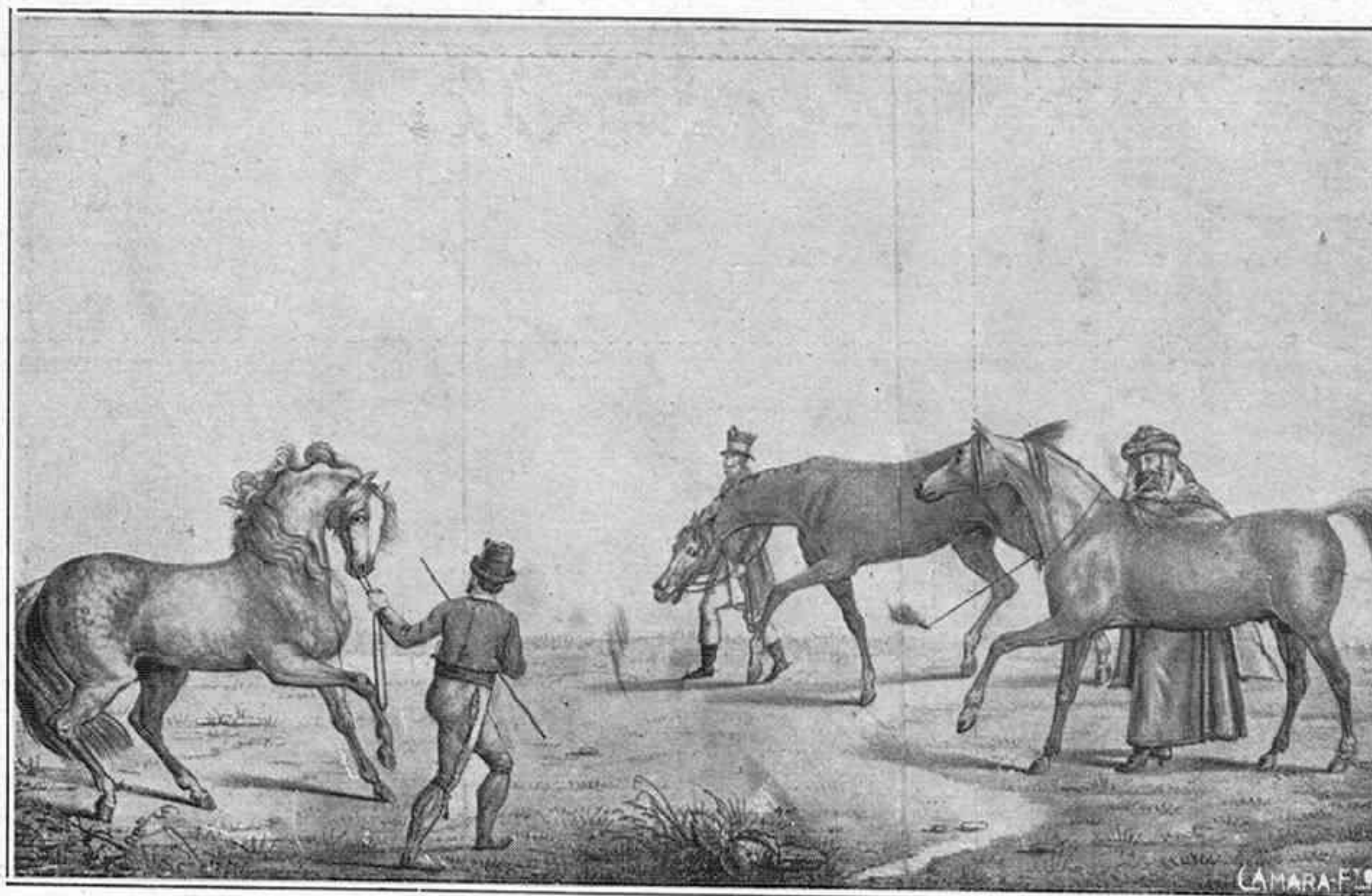
La emoción de las grandes caballerizas es impresión de gran sala de pago en un hospital de príncipes ó de grandes actores ó de seudónimos literarios muy principales.

Los caballos de esas grandes caballerizas son también caballos que os desdennan, que os vuelven los cuartos traseros, que duermen con la cabeza pegada á la pared. Una sensación de respeto y de cuidado nos ha acogido en las grandes cuadras.

Grandes trámites, cuidados, lecturas y viajes al Extranjero requiere el cuido y mejora de la raza caballar. En España se han preocupado mucho de esto, y se han escrito muchos Tratados y folletos.

Marqueses y condes han escrito libros proclamativos en que inducían á elevar el valor y la pureza del caballo. Antes de la pedagogía, la higiene y la junta de pensiones para el hombre, la hubo para los caballos, y tuvieron becas y premios universitarios.

Los próceres españoles sentían la responsabilidad de hacer buenos y perfectos caballos por estar cerca del Mediodía y haber tenido en la patria la solera ideal del caballo, pues el tipo supremo es el caballo árabe, y Abderramán II crió en Córdoba los más supremos caballos del mundo, los que aún pasean á los personajes de leyenda en las horas crepusculares.



Tipos de caballo andaluz, caballo inglés y caballo árabe (De una estampa antigua)

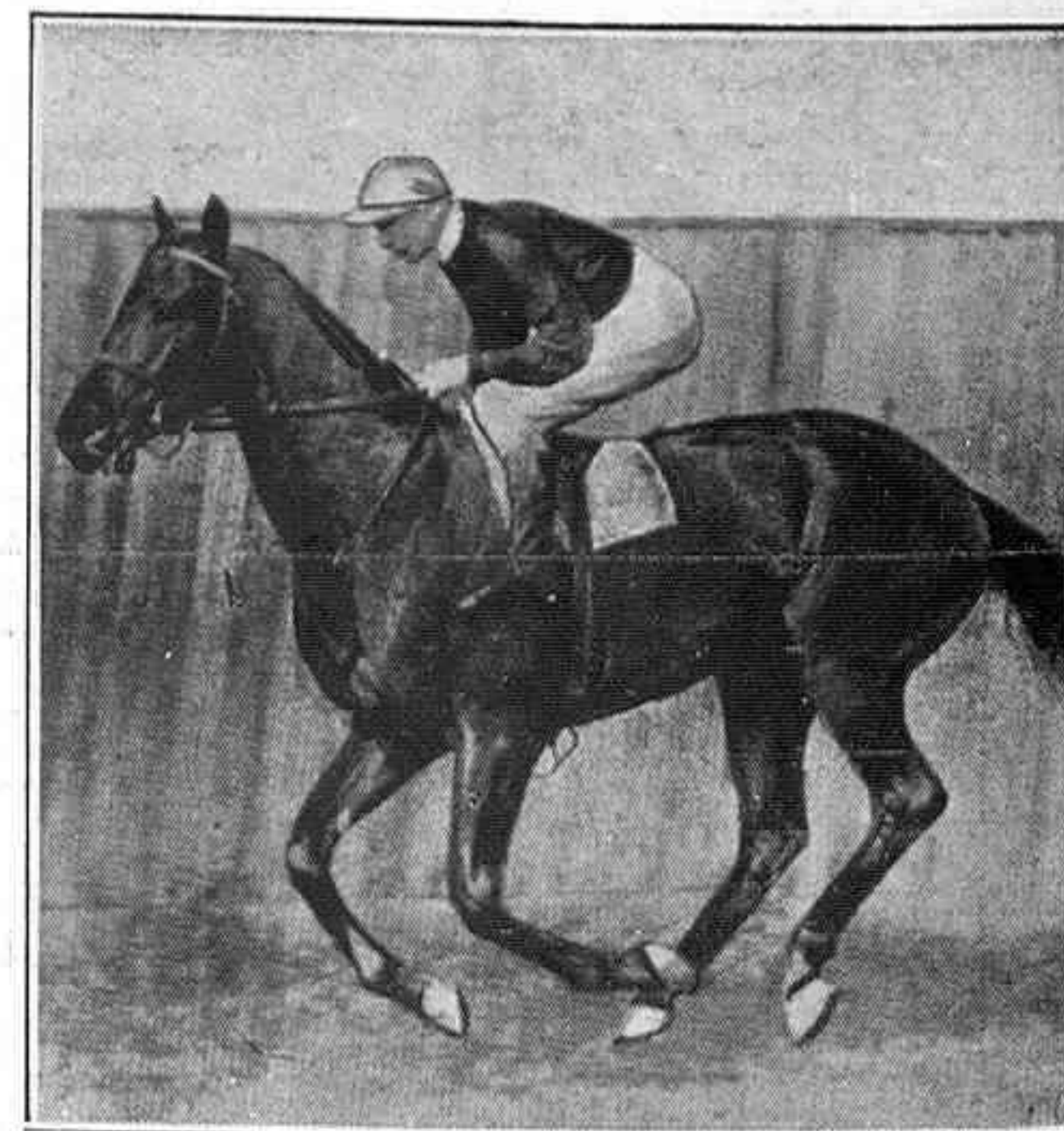
Así como la mujer ideal es la que más se acerca á la mujer de tipo árabe, que es, por decirlo así, el arquetipo, lo mismo los caballos son más ó menos perfectos según se acerquen al tipo árabe.



El caballo inglés «Knockando», propiedad de lord Woolavington



El caballo «Papyrus», de Mr. B. Irish, de pura raza inglesa



El caballo inglés «Pharos», de lord Derby, que ha corrido en el Derby

El caballo ligero y fino del Mediodía tiene algo de ese caballo, porque aún le queda un recuerdo de las invasiones.

Tantos cuidados necesita el cuido de los caballos, que en su «eugenia» ó «eugenesia», llegan los propagadores y perfeccionadores á intervenciones de casamenteros cuya tercera concomita con la que pudiera dedicarse á juntar humanos. Así, hay que tener en cuenta, por ejemplo, que á un caballo que tenga el cuello delgado se unirá una yegua que lo tenga grueso; á una yegua corta de piernas y de raspa se dará un caballo de alzada y bien constituido en proporciones.

Un caballo y una yegua de un carácter ardiente y violento darán productos que presentarán la misma disposición en grado superior; pero si uno de los dos es manso y dócil, el defecto del otro se aminorará en sus productos, y acabará por desaparecer á la segunda ó tercera generación si no se han tomado las precauciones convenientes.

¡Graves menesteres los de los seleccionadores de caballos, que después de mucho celestinear no logran sino media sangre ó tres cuartos de sangre pura!

Sólo en Inglaterra se produce el caballo de pura sangre, como se produce el político de pura sangre, porque todo el medio está preparado para la mayor grandeza de las especies, principiando por la humana, ¡claro está!

Así se da el caso inaudito y enorgulleciente de que el caballo árabe nacido en Inglaterra sea superior al mismo caballo árabe.—Ramón GOMEZ de la SERNA



LA GENTE
B I E N

usa siempre

AGUA DE COLONIA
A Ñ E J A

FRASCO 2 5 0

en todos los bazares, perfumerías y droguerías de España.

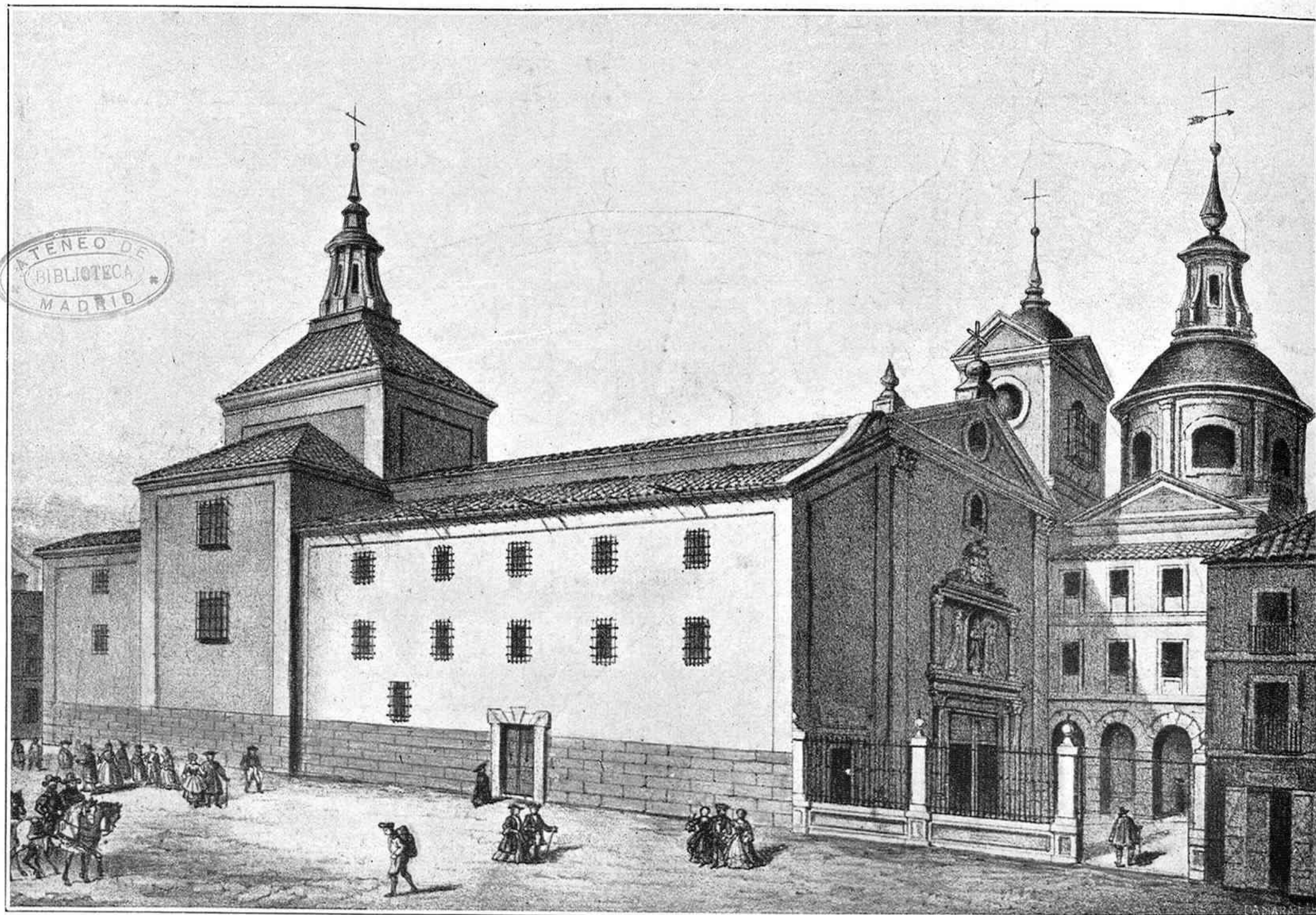
PERFUMERIA GALMADRID



R. 15 N. 22

MIRANDO AL PASADO

EL CONVENTO DE LA VICTORIA



Convento de la Victoria ó de Nuestra Señora de la Soledad

ESTE convento de Nuestra Señora de la Victoria, ocupado por los frailes Mínimos, hallábase en la entrada de la Carrera de San Jerónimo, á mano derecha y frente al Real Hospital de Corte, vulgarmente llamado del Buen Suceso. Se asentaba en terrenos de lo que hoy son calles de Espoz y Mina y de la Victoria, llegando su huerta y tahona hasta el actual pasaje de Mateu.

Por entonces tales parajes constituían el confín de la población. En las postreras y contiguas callejas, sumamente estrechas, como aquella nombrada de Majaderitos, se establecían los broqueleros y guitarreros. Más allá sólo veíanse las tapias del citado Hospital del Buen Suceso y algún huerto que se unía á los olivares de Alcalá, camino del Real Sitio del Buen Retiro.

Dicho Monasterio fué fundado en el año de 1561, con la protección de Felipe II y por iniciativa del P. Fr. Juan de la Victoria, provincial de los monjes de San Francisco de Paula. Era su patrona la hija mayor del Príncipe de Eboli.

La traza del convento era sencilla y de escaso valor artístico. Por su atrio se parecía al de la Encarnación, y por sus muros al de las Trinitarias. Pero le hicieron célebre los raros y varios sucesos acaecidos en su recinto, de los cuales he de referir los más principales.

Un tesorero del Rey, gran devoto, por cierto, todas las mañanas oía la primera misa en el altar de San Francisco, cuya imagen se contaba entre las milagrosas. Como en funesto día perdiera una libranza de 10.000 ducados, y agotando todos los recursos para encontrarla, se le ocurrió dirigir un memorial al santo para que intercediera con Dios. Puso el manuserito en la manga de San Francisco, prometiendo vol-

ver á los tres días á recoger la contestación. Hincado de rodillas á los pies de la imagen, exclamaba: «Vos sabéis que soy inocente, que mi honra y fortuna dependen del hallazgo del extraviado documento; no permitáis que muera de vergüenza, y disponed de vuestro siervo según la voluntad del Altísimo.» Volvió lleno de fe, hallando en la misma manga la libranza con la firma del Soberano.

En un bello y primaveral amanecer entró á oír la misa del alba aquel viudo que vivía retraído, paladeando el dolor de una historia misteriosa ocurrida una noche en cierto portal de la calle de Carretas. A los pies de Cristo, murmuró: «Refugio de pecadores, ruega por mí.» Y cayó muerto, corriendo en su auxilio el fraile y el acólito.

Dijo éste:

—Es el loco, es el loco.

Y contestó el monje:

—No, que es el penitente. Roguemos por él.

Tres viejas beatas, que á la sazón encontrábanse reunidas en la iglesia, rezando un Padre nuestro y con una misericordia digna de encomio, acompañaron el cadáver hasta la fosa común.

Frente por frente al Monasterio alquiló una habitación cierto oidor del Consejo de Castilla, á la vez misma que un joven gallardo y bien parecido, procedente de Valladolid, profesaba en dicho convento. Viejo era el vecino y casado con una hermosa y muy gentil mujer, que bien pudiera pasar por hija suya, pues que tan cortos eran sus años. Sabedor el vecino de tanta rareza y de la exquisita amabilidad de los monjes, un atardecer entró dispuesto á hablar con el prior.

—No vengo á pedir milagro, sino consejo—dijo poco más ó menos—. He aquí que en Madrid hube de casar con una dama á quien doblo la edad. A poco vi un caballero que rondaba á mi esposa y me trasladé á Valladolid; pero allí fué también el rondador. Regresé á la Corte y volví á ver á ese hombre, de quien no he podido averiguar nada más que es sacerdote profeso en una Orden religiosa.

—Consultaré con mis hermanos—añadió el prior.

Se verificó una larga conferencia, y en ella uno de los reunidos advirtió:

—Tal vez el hermano recién llegado pueda ilustrarnos.

Requirióse la presencia del novicio, y al enterarle del caso, agachó la cabeza y prometió contestar ante Dios, pasados tres días. Al cabo de ellos, tan pronto como amaneció, el prior bajó á la iglesia, donde había de recibir la respuesta. ¡Oh, terrible sorpresa! Sobre un charco de sangre encontró tendido al novicio, muerto á puñaladas.

En este convento se veneraba la famosa Virgen de la Soledad, primorosamente tallada por Gaspar Becerra, cumpliendo el encargo de la Reina Isabel de la Paz Valois. El primer vestido que se puso á esa imagen era de la condesa de Bereña, camarera de la Reina.

Hoy se rinde culto á dicha Virgen de la Soledad en la Santa Iglesia Basílica Catedral de San Isidro, y como un vivo recuerdo de los tiempos pasados, sale á la calle á recibir el público homenaje de los madrileños en la procesión del día de Viernes Santo.

ANTONIO VELASCO ZAZO

GENEVE

Enteramente renovado.
Vista del Mont Blanc.

Grd. HOTEL de la PAIX

Más bella situación á la orilla del Lago.
Nuevos propietarios: **J. Baehl Adm.**

SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tártarico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE
PREPARADO POR URIACH C^a. 49, Bruch. BARCELONA

SE VENDEN

los clichés usados en esta revista.
:: Dirigirse á Hermosilla, 57 ::

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL
ABRÓTANO MACHO

Caimén, 10, ALCOHOLERA, Madrid



BALNEARIO DE LIÉRGANES (Santander)

Estas aguas son el mejor remedio para curar los **catarros de la laringe y pulmón**, las **bronquitis** y la **predisposición á ellas**.—Grandes reformas.—Garage.—Tennis.—Giro pos al.—Telég afo.—Ferrocaril á Santander.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Se han puesto á la venta las siguientes nuevas ediciones de las célebres obras de
“El Caballero Audaz”

- | | |
|-----------------------------|--|
| I. La virgen desnuda | IX. Un hombre extraño |
| II. Desamor | X. El divino pecado |
| III. La bien pagada | XI. Con el pie en el corazón |
| IV. El pozo de las pasiones | XII. Una cualquiera |
| V. La sin ventura | XIII. Horas cortesanias |
| VI. De pecado en pecado | XXIII. Lo que sé por mí |
| VII. Emocionario | (300 interviús con celebridades recogidas en 10 volúmenes) |
| VIII. Hombre de amor | |

PRÓXIMA A PUBLICARSE **EL JEFE POLÍTICO** NOVELA de 300 páginas

De venta en todas las librerías.—Pedidos directamente á la Editorial
“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

LA BELLEZA
LA DISTINCION
Y LA
SENSIBILIDAD
FEMENINAS

Compre usted el número del mes de Julio

Tendrán en ELEGANCIAS su moderna piedra de toque, su más fiel y refinada expresión.

La elegancia sobria y distinguida del hombre de buen tono sostendrá invariablemente en ELEGANCIAS la mejor selección de modelos propios. La gracia, el gusto y la higiene aparecerán siempre en ELEGANCIAS, como los mejores consejeros para el arte de vestir á los niños

E l e g a n c i a s

será la Revista mensual de modas de la mujer Española y la mujer hispanoamericana

ELEGANCIAS

Estará á la venta en toda España, en casa de los corresponsales de Prensa Gráfica, en todas las librerías distinguidas y bien surtidas y en la Administración de

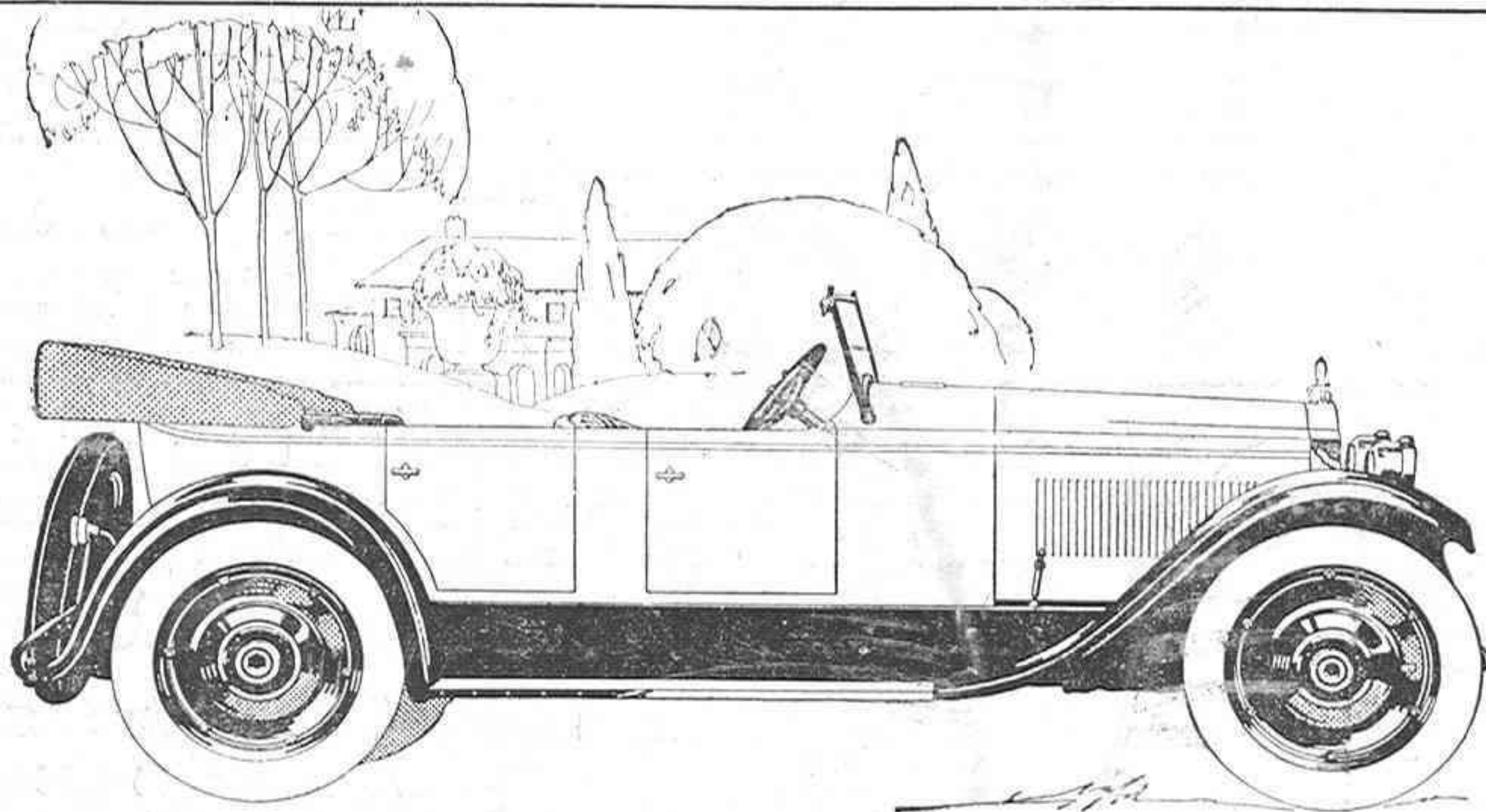
PRENSA GRAFICA, S. A.

A PARTADO 571, MADRID

Delegado especial de ELEGANCIAS en París: Leo Merelo, 62, Rue Richelieu, Palacio de la Agencia Havas

Compre usted el número del mes de Julio

Conservas "ULECIA" Logroño (España)



P A C K A R D

LOS automovilistas de gustos más exigentes quedan absolutamente satisfechos con el nuevo Packard "Single Six", ya sea como coche para deporte, o como coche elegante de paseo.

La marca Packard ha significado siempre calidad suprema de mano de obra. Este último modelo confirma su reputación, y su precio moderado, como automóvil fino, es una revelación sin precedente.

AUTOMOVILES PACKARD

Agencia general para España:
Paseo de Gracia, 87
BARCELONA



TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 65 al 70
Despacho: Unión, 21 BARCELONA

Lea usted todos los viernes NUEVO MUNDO

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA ADELGAZAR EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.